



DAMASCO.—Puerta Oriental (entrada septentrional de la calle Derecha).

1. Alminar fuera de servicio.—2. Restos de la principal de las tres antiguas puertas de la calle Derecha.—3. En el interior patio pequeño junto á la tercera de las tres antiguas puertas.—4. La verdadera puerta Oriental, ocultando la indicada n.º 3.

## DAMASCO.

### XII.

#### LA CALLE DERECHA.—LA CASA DE JUDAS.

**E**L nombre de calle Derecha, que nos es ya conocido, provoca dos preguntas á las cuales procuraremos responder: ¿Qué era en otro tiempo dicha calle? ¿qué es ahora?

I. En primer lugar esta calle es la que san Lucas hizo para siempre célebre mencionándola en los Hechos de los Apóstoles. San Pablo, hospedado por Judas, su compatriota y correligionario, habia pasado tres días en oraciones y ayunos, cuando Nuestro Señor se mostró á Ananías, obispo de Damasco, diciéndole: «Levántate, vé á la calle que lleva el nombre de Derecha, y allí infórmate en casa de Judas, de Saulo, por sobrenombre de Tarso:» *Surge et vade in vicum qui vocatur Rectus, et quære in domo Judæ Saulum nomine Tarsensem.* (Act. ix, 11).

Año IV.—N.º 89.

En segundo lugar, esta calle fué en otro tiempo la mejor y quizá la única calle buena de Damasco. Distínguala primero su extension, de unas tres millas romanas, equivalente á la longitud de la ciudad en la direccion del Nordeste al Sudoeste, luego su regularidad y anchura (de 12 á 15 metros), y por último, el doble orden de arcadas y galerías que ofrecia en todo su trayecto.

Una triple puerta, llamada puerta Oriental, daba entrada al extremo septentrional de esta calle. El grabado de esta página representa dos de estas tres puertas antiguas, desfiguradas y puestas fuera de uso por un muro de mezquina apariéncia. La tercera permanece abierta todavía, pero bárbaramente oculta por una cuarta, sin duda de época posterior, y que á causa de su orientacion ha recibido el nombre árabe de Al-Bab-ol-charki (la puerta oriental). La elegante columna que separa las dos puertas muradas me hace creer que todo el monumento estaba coronado con una grandiosa cornisa. La puerta del centro rivaliza por su elevacion con la Por-

15 Setiembre 1883.



ta maggiore de Roma. Respecto al carácter arquitectural de esta noble entrada, denota ser obra de la mejor época romana. Admírase allí á la vez la amplitud, la solidez y aún la finura de ejecución de los trabajos clásicos de aquella remota época.

A propósito de esta triple puerta, el Ilmo. Mislin habla de una torre que la dominaba, y que ocuparía verosímilmente el lugar donde la fotografía nos presenta un alminar de forma harto mezquina. Vese, en efecto, del interior de la puerta, un resto de antigua construcción que debió formar parte de una obra distinta de la triple entrada de otro tiempo y más ancha que el alminar actual.

Volvamos á la calle Derecha. Su anchura correspondía necesariamente á la de la puerta Oriental. A cada lado de la calle corría una galería abierta, cuya existencia ha atestiguado recientemente el descubrimiento de bellos trozos de columnas de granito en excavaciones practicadas junto á la catedral católica siríaca. Otras iguales piezas de granito se descubrieron en distintas épocas en este mismo sitio. Una de ellas está empotrada en la pared de una casa vecina de la puerta Oriental.

Tal fué á corta diferencia la antigua calle Derecha, que hoy está muy desfigurada. Si la triple puerta no estuviese allí para atestiguar el punto de partida y la anchura de la citada calle, estaríamos muy tentados á buscarla en otra parte.

Primeramente, ha perdido el antiguo nombre que le dió el mismo Jesucristo hablando á san Ananías. Los árabes le han impuesto el de *Saltanat* (imperial), que le merece aún su importancia relativa. Además ha perdido las dos terceras partes de su anchura y su doble hilera de arcadas y de galerías; ha perdido también su línea derecha, y de su antigua belleza no conserva más que su notable longitud.

Esta deplorable transformación no ha de sorprendernos mucho, pues la ciudad de Damasco ha experimentado tantas y tan crueles vicisitudes, ha excitado la codicia de tantos conquistadores más ó menos bárbaros, ha sido perdida y recobrada tantas veces, ha cambiado con tanta frecuencia de dueño, que por fuerza sufrió frecuentes y extraordinarios trastornos. Sabido es que el feroz Tamerlan la destruyó en su mayor parte, como si hubiese querido humillar á esta ciudad soberbia que el Espíritu Santo llamó «la ciudad de las delicias,» y como si hubiese recibido el encargo de ejecutar contra ella esta sentencia del profeta Isaías: *Civitatem sublimem humiliabit (Dominus)* (Isai. xxvi, 5).

Ciertamente si los cruzados, vendidos y enemistados, no se hubieran estrellado en su empresa contra Damasco, esta gran ciudad no hubiera tardado en cambiar de aspecto. Pero caída en poder de los otomanos, no surgió de sus ruinas sino para convertirse en ciudad turca, calificativo que lo dice todo para quien conoce el Oriente.

Limitándonos á hablar de la calle Derecha, ¿no es evidente que desde el día en que se permitió á simples particulares estrecharla en provecho propio tuvo que desaparecer su hermosa simetría? De ahí esos zigzags más ó menos pronunciados que han reemplazado, en el Saltanat moderno, al alineamiento de la calle Derecha de otro tiempo.

Esta calle es aún el lugar más frecuentado de la ciudad, porque en ella se encuentra el principal bazar. Los millares de tiendas ó almacenes instalados en sus lados la convierten en centro comercial de Damasco.

Adviértese allí variedad de mercancías, pero á esto se reduce casi todo, pues las tiendas no son generalmente más que nichos de dos metros cuadrados de abertura y de algo menor profundidad. Su pavimento es de 60 á 80 centímetros más elevado que el de la calle. Los tenderos están sentados en el suelo con las piernas cruzadas. Como sólo separa estas tiendas un delgado tabique y su abertura es bastante considerable, se tuvo que discurrir dónde colocar las puertas sin embarazar el interior, ya harto estrecho. Generalmente un postigo, de la anchura de la tienda, se abre de arriba abajo y se baja sobre la pared vertical formando la diferencia entre el nivel del suelo de la tienda y el de la calle. Se fija otro postigo en dos correderas verticales y paralelas, que permiten impulsarla de abajo arriba por medio de un palo. Llegado á la altura requerida, fíjase el postigo por medio de una clavija que se introduce en el encaje de las correderas.

Los almacenes propiamente dichos son raros, así en esta calle como en el resto de la ciudad. En ella se encuentra á ciertas distancias una puerta cochera que da entrada á un patio abovedado ó á cielo raso, en torno del cual hay una serie de almacenes ó de depósitos de mercancías, donde se proveen los mercaderes al por menor.

Si el bazar tiene, en las tres cuartas partes de su trayecto, la ventaja de estar defendido de la lluvia, del lodo y del sol, por un techo de simples tablas, de aspecto poco halagüeño al ojo europeo, ofrece el grave inconveniente de ser sombrío y casi lúgubre. Añádase á esto la oleada de abigarrada muchedumbre y la libertad concedida á todas las bestias de carga, desde el camello hasta el jumento, de ir y venir sea con su jinete, sea con su carga de madera, carbon, hierbas, etc., y se comprenderá que es tan penoso como desagradable frecuentar esta calle. En cambio, el Saltanat se transforma por la noche en una soledad profunda, donde la pálida luz de mezquinos y escasos reverberos no son parte á tranquilizar al transeunte. Esta soledad es efecto, sobre todo, de que de noche no habita en aquel barrio alma viviente. Las casas á las que están adosadas las tiendas tienen todas sus ventanas y entradas en calles paralelas á la de Saltanat.

II. Para nosotros el Saltanat no es un simple bazar árabe. Buscamos y nos complace hallar en él un monumento grato á nuestra fe. Queremos hablar de la casa donde Saulo, apenas vencido por la gracia de Jesucristo, recibió hospitalidad, pasó tres días sin beber ni comer y fué favorecido con una celestial vision; donde vino á visitarle san Ananías por orden expresa del Salvador: donde el Santo le devolvió milagrosamente la vista y le regeneró en las aguas del bautismo. Hé aquí, pues, la cuna espiritual del grande Apóstol de las naciones. ¡Qué recuerdo y qué gloria para esta calle Derecha que el tiempo y los hombres han tristemente desfigurado!

Por desdicha esta preciosa reliquia no tiene ya el destino que le dió la piedad de los primeros cristianos de Damasco. Ya no es un santuario cristiano, sino ¡oh dolor! una mezquita. Muéstrase en un rincón un estrecho sitio donde se pretende que san Pablo pasó en oración los tres días que precedieron á su bautismo.

Fuera de la mezquita vese un estanque de agua corriente que se adelanta unos 20 centímetros por la calle. La verja de hierro que hay en el estanque parece re-



montar á fecha muy antigua, lo que indicaria que el agua corre allí desde mucho tiempo, y haria verosímil la tradicion cristiana que quiere que de aquella fuente se sirvieron para el bautismo de san Pablo. Evidentemente una via de la longitud é importancia de la calle Derecha habia de poseer una fuente cuyas aguas estuviesen á disposicion del público. Pues bien, la fuente de la casa de Judas es la única que se encuentra en el trayecto de más de media hora.

El P. Francisco Cassini asegura que los fieles de Damasco tienen la devocion de hacer beber de esta agua á los enfermos. No he podido comprobar su aserto; pero esta costumbre, caso que exista, está conforme con las ideas y usos del país.

Por lo demás, reconozco que muy pocos escritores, católicos ó protestantes, hacen mencion de la casa de Judas y de los preciosos recuerdos á ella unidos: su silencio, empero, nada quita á la tradicion constante é incontestada, que coloca esta casa en el lugar ocupado en otro tiempo por la iglesia y hoy por la mezquita que sirve de oratorio á los numerosos mercaderes musulmanes que tienen sus tiendas á lo largo de la calle Derecha.

El grabado de la pág. 324, tomado de una fotografía, representa el sitio más ancho y menos feo de la calle Derecha. Es el único en que se encuentran algunas casas de buena apariencia, y cuyos lados no están invadidos por las tiendas que he descrito. Es tambien la parte más recta de la calle y está comprendida en el barrio cristiano.

## VIAJE AL PAÍS DE LOS ORTÚS.

(MONGOLIA).

Habiéndose propuesto los misioneros belgas de Mongolia fundar una Mision entre los tártaros ortús, resolvieron visitar estas tribus.

La relacion de este viaje, cumplido por los Rdo. de Vos y Verlinden, nos ha sido dirigido por el Rdo. Vranckx, superior general de la Congregacion de Scheutveld.

### I.



ARTÍMOS de la ciudad de Kui-kwa-tscheung al 19 de febrero y nos dirigimos hácia el Sud: despues de andar unos 30 *lys* (17 kilómetros próximamente) á través de una llanura saturada de salitre, plantámos nuestras tiendas y pasámos tranquilamente allí la noche.

El dia siguiente llegámos á un pueblo perteneciente á los mongoles thumetes, tribu que venida del Este al principio de la dinastía mandchua (1644), ha recibido por su fidelidad las más hermosas llanuras que se extienden al Sud de Kui-kwa-tscheung. Cosa extraordinaria, esos thumetes han abandonado la vida nómada y se han puesto á cultivar la tierra. Han adoptado en gran parte las costumbres chinas, sin perder nada de la sencillez y rectitud de su corazon. ¡Con qué sinceridad nos han expresado su sentimiento por no haber sabido que habíamos pasado la noche en los alrededores! Querian absolutamente retenernos.

— Vosotros sois hombres de la oracion, nos decian, y nunca hemos oido hablar de vuestra religion; quedaos con nosotros para enseñárnosla y explicarnos sus misterios.

Sólo pudimos darles breves explicaciones, prometiéndoles que próximamente vendrian otros sacerdotes para

instruirles. Uno de ellos nos acompañó hasta cierta distancia para hacernos pasar el rio é indicarnos el camino.

Viajámos á través de una vasta llanura bien cultivada, que puede tener veinte leguas hasta la gran muralla. Hay allí gran número de pueblos, y las casas son muy limpias. Pasámos cerca de Hung-tcheung-tjao, ciudad antigua, de la que sólo quedan fortificaciones arruinadas.

El 21 de febrero continuámos nuestro camino en direccion del Sudeste, y pasámos cerca de otras dos ciudades arruinadas, de las que ni siquiera se nos supieron indicar los nombres. Vimos allí los restos de una antigua torre llamada la Torre blanca, Petha en chino, y Tsjahan-subarkan en mongol, construida probablemente en el género de la que se encuentra no lejos de Kui-kwa-tcheung. Esta, que está bastante bien conservada, se compone de ocho pisos, teniendo cada uno diez piés de elevacion. La base es redonda y los pisos son octógonos. Es uno de los pocos monumentos que han sobrevivido á la caída de la dinastía mongola (1368). Durante los ochenta y nueve años que los emperadores mongoles, descendientes del famoso Djinghis-Khan, reinaron al Sur de la gran muralla, edificaron gran número de ciudades muradas al Sur de la Mongolia. El gran número de fortificaciones arruinadas que se encuentran á cada paso, datan todas de aquella época. Cuando la dinastía de los Mings rechazó á los mongoles al Norte de la gran muralla, todas estas ciudades fueron saqueadas y destruidas hasta sus cimientos.

Por la noche acampámos en un verdadero desierto de arena.

El dia siguiente llegámos á Lo-to-hotun, ciudad antigua, cuyos muros están en buen estado de conservacion. Durante la última guerra contra los rebeldes sirvió para depósito de granos al Gobierno chino. Excepto los almacenes construidos á este intento y poquísimas habitaciones, todo el interior de la ciudad está convertido en huertos para legumbres. A orillas del rio Amarillo (Hoang-ho), del que To-to-hotun dista 8 *lys* (4,600 metros), los comerciantes chinos han construido una ciudad bastante importante, llamada Ho-Keu (boca del rio), porque por este lugar se pasa el Hoang-ho.

El rio Amarillo tiene su origen en el Ku-ku-noor, corre á lo largo de la gran muralla en el Kan-su, y luego en un espacio de 200 leguas pasea sus aguas amarillas á través de los arenales de la Mongolia, sin recibir tributo alguno de otros rios. No hay en el mundo, despues del Nilo, gran rio que tenga, como el Hoang-ho, menos rios importantes tributarios. Su curso total es de 800 leguas próximamente. En 1868 rompió sus diques en la provincia del Ho-nan y causó incalculables perjuicios. Más de 20 leguas cuadradas de terrenos fértiles han quedado sepultados bajo una espesa capa de arena que hace el suelo impropio para el cultivo. Desde el Ho-nan hasta el mar este rio lleva sus aguas indomables, ora hácia el Norte, ora hácia el Sur, ora en ambas direcciones á la vez, buscando súbitamente un nuevo camino intermedio, sin que los trabajos gigantescos emprendidos en diversas épocas hayan podido volverle más dócil.

Cruzámos este terrible torrente sin temor alguno, pues la solidez del puente estaba garantida por la experiencia de miles de años. El rio estaba helado, y oíamos sus aguas, reducidas á la impotencia, murmurar sordamente á nuestros piés.



Apenas ganámos la orilla opuesta oprimió nuestro corazon un triste espectáculo. Dos hombres y cuatro mujeres, del Oeste, encontrábanse allí sin abrigo, sin dinero y casi sin vestidos, en medio de una llanura cubierta de arena, reinando un viento impetuoso, no sabiendo á donde dirigir sus pasos, seguros de no hallar simpatía alguna entre los chinos, é inciertos de encontrar antes de anoecer un caritativo mongol que les diese hospitalidad. Hubiéramos querido hacerles retroceder, pues har-to sabíamos que en la China, á donde iban á buscar albergue, nada bueno les esperaba ni para el cuerpo ni para el alma. Pero aquellos infelices sufrieron en su país tan terribles privaciones, que no pudimos resolverles á que volviesen sobre sus pasos. Hicimosles una limosna para ponerles en estado de pasar la noche en una posada china, al otro lado del rio.

La suerte de los mongoles ortús es verdaderamente lamentable. Los musulmanes, como es sabido, están muy extendidos en todas las provincias de la China. En 1868, despues de haber devastado el Chen-si, el Kan-su, el Ku-kunoor y el reino de los Alichanes, se echaron sobre el país de los Ortús, pasaron cruelmente á cuchillo hombres, mujeres y niños, pusieron fuego á los templos y lamaserías, llevándose los rebaños, única riqueza de esos pueblos pastores. Dícese que las ocho décimas partes de la poblacion murieron al filo de la espada ó de hambre.

Los mahometanos intentaron repetidas veces el paso del rio Amarillo. Su designio era marchar sobre Pekin, exterminando todo lo que encontrasen al paso. Los

musulmanes, varias veces batidos por las tropas imperiales, armadas con fusiles europeos, se retiraron al Oeste, donde el Gobierno chino continuó persiguiéndolos; y el país de los Ortús volvió insensiblemente en el orden, siendo pacíficamente gobernado por sus antiguos reyes.

Plantámos nuestras tiendas en la arena, á poca distancia del rio Amarillo. El campamento no era de los

más favorables. Encontrámos muy poca hierba para nuestros camellos y caballos, pero en la incertidumbre de encontrar más en otra parte, y contrariados por un huracan que nos cubria de arena finalos ojos, la boca y la nariz, nos apresurámos á disponer un abrigo.

Nuestro viejo Samdadchienba (1), siempre del mismo humor que treinta años há, cargó un saco en sus hombros, y tomando una hachita, dijo:

—Padres míos, voy á buscaros agua para hacer el té.

Vuelve á los quince minutos, echando en el centro de la tienda el saco lleno de hielo.

El té nos rehizo; pero no cesó de soplar el viento toda la noche. Por la mañana nos vimos casi sepultados en la arena con nuestra

tienda y bagajes. Para colmo de desventura habian desaparecido nuestros camellos y caballos, y la arena habia borrado las huellas de sus pasos. A fin de encontrarlos nos esparcimos en todas direcciones, y era mas de medio dia cuando los hubimos reunidos todos.

Acurrucados al rededor de la marmita de té, obsequiámos á algunos mongoles que se dirigian á la ciu-

(1) El mismo guia que acompañó á los Rdos. Huc y Gabet en su viaje á través de la Tartaria.



DAMASCO. — La calle Derecha. (Pág. 323).



dad. Como no cesaba el huracan nos aconsejaron fuésemos á guarecernos á 10 *lys* (5,700 metros) al Oeste, tras una colina donde hallaríamos hierba para nuestros animales. Seguimos el consejo, y nos fué muy bien. El día siguiente, fiesta de san Matías, despues de celebrar á la madrugada la santa Misa, pasámos el día explicando la religion del verdadero Dios á gran número de mongoles que acudieron para vernos.

El 25 de febrero, aprovechando la calma del viento, caminámos unos 40 *lys* al Sudoeste, á través de montañas arenosas, cubiertas de arbustos. A trechos encontramos vallecitos, en que nuestras cabalgaduras pudieron pacer un poco de hierba. A raros intervalos vimos sembrados de cáñamo y de mijo. Este es el territorio de Djungar-Peile, uno de los siete reyezuelos de los Ortús, que lleva al mismo tiempo el título de generalísimo de esos pueblos y tiene el primer rango despues de Wu-chen-ta, señor soberano de toda la tribu.

Persuadidos de que para hacer algun bien entre los mongoles era preciso primero ganar la benevolencia y confianza de sus reyes, resolvimos presentarnos en la corte de Djungar-Peile.

El 26 hicimos una nueva etapa de 30 á 40 *lys*, siempre en la direccion del Sudoeste. El país ofrecia el mismo aspecto que el que habíamos cruzado la víspera, con la diferencia de que las colinas eran más eminentes y tapizadas de malezas. Despues de luchar contra una nieve fina, llegámos á un sitio muy pintoresco llamado Kutelé-Pulac (fuente de la montaña).

En medio de los montes de arena, una fuente límpida da nacimiento á un riachuelo cuyas aguas serpentean á través de largas hierbas y bosquecillos á los que sólo falta el verdor de la primavera. Este reducido oasis sirve de retiro á multitud de liebres, perdices, faisanes, ánades y á gran variedad de pajarillos.

Por risueño que fuese este campamento, el día siguiente plegámos nuestras tiendas, y despues de una etapa de 40 *lys* á través de tierras incultas y sin agua, llegámos á una vasta llanura que se extiende de Este á Oeste. Allí es donde mora el rey Djungar.

Plantámos nuestras tiendas junto á la única fuente del pueblo, á corta distancia de la cerca de tierra levantada en torno de las habitaciones del rey. Nadie se asustó de nuestra llegada, y ni siquiera nuestras fisonomías extranjeras excitaron el menor asombro. Las leyes de la hospitalidad lo exigian así. Los mongoles se apresuraron á descargar nuestros camellos y á traernos leche y mijo asado. Hubiérase dicho que nos encontrábamos en medio de cristianos.

El día siguiente, 28 de febrero, celebrámos la santa Misa rodeados de una numerosa multitud, y luego los dos hijos del rey, uno de diez y ocho años y otro de quince, vinieron á hacernos visita é invitarnos, en nombre de su padre, á instalarnos con nuestros hombres y bagajes en el patio del rey. Antes de aceptar el generoso ofrecimiento nos dispusimos á presentarle nuestros homenajes.

Djungar nos recibió á la entrada del primer recinto, y despues de hacernos atravesar dos patios, nos introdujo en el tercero, habitado por él. No esperábamos encontrar una casa en tan buen estado. Advertimos dos espejos, de cuatro á cinco piés de alto, y cuatro péndulos que no harian mal papel en un salon europeo.

Sin tener nada de la afectacion chinesca, Djungar es muy cortés y urbano. Las preguntas que nos hizo

revelan, si no una gran inteligencia, por lo menos rectitud de juicio, cualidad muy rara entre los mandarines chinos que, en su estúpido orgullo nacional, sólo tienen aires desdeñosos para todo lo de procedencia extranjera.

A instancias del rey nos instalámos el mismo día en los departamentos del segundo recinto, donde permanecimos una semana entera. Estuvimos allí caliente y cómodamente albergados, pudiendo celebrar la santa Misa en una pieza especial. Nuestra mesa fué regularmente servida, y el cocinero de la corte desplegó toda su capacidad culinaria para ofrecernos algunos manjares de nuestro gusto. Pero lo que nos colmó de gozo fué que, de la mañana á la noche, teníamos nuestro aposento lleno de mongoles deseosos de instruirse en la Religion. Por una feliz coincidencia llegámos á la corte el 15 de la 1.<sup>a</sup> luna, época en que todos los mandarines subalternos de la tribu vienen á recibir la confirmacion de sus poderes. De consiguiente pudimos, sin salir del aposento, sembrar en multitud de corazones el grano de la divina palabra.

La manera con que nos trató el rey debió producir excelente impresion en sus súbditos. El mismo vino á vernos repetidas veces, pasando con nosotros dos ó tres horas, ayudándonos á traducir las oraciones, el Símbolo de los Apóstoles, los Mandamientos de la ley de Dios y los principales capítulos del catecismo.

Todo el mundo nos pedia como gracia les dejásemos tomar copia de esas traducciones.

Djungar debe estar convencido de la verdad del Cristianismo. Cuando le demostrámos la necesidad de corresponder á la gracia que Dios le hacia, nos contestó por toda objecion, que no sabia lo que haria de los lamas y del gran número de conventos situados en su territorio.

Hasta ahora los lamas me habian inspirado más desprecio que compasion. Los que conocí en Cha-Kar eran embaucadores consumados y orgullosos ignorantes. Mas entre los lamas que he visto en los Ortús los hay ciertamente de recto corazon, y me ha conmovido la sencillez de algunos.

Cada día por la madrugada oíamos las sagradas trompetas, dirigidas á las cuatro partes del mundo, llamar á los hombres á la oracion; y el templo, que se encuentra en el recinto mismo de palacio, llenábase luego de gente. Cuando tratámos de demostrar á los lamas la inutilidad de sus oraciones y de sus cantos, recibimos invariablemente esta respuesta que habíamos oido en otras partes:

— Nada sabemos; en Lhasa se sabe todo.

Este es el caso de exclamar con el Profeta: «Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen.»

Sea lo que fuere de los lamas, esperamos firmemente que Dios hará germinar á su tiempo y hora la semilla que nos ha sido dado echar allí. En gran número de familias fuimos recibidos con tan buena voluntad y veneracion, se nos oyó con tanta atencion y respeto, que no podemos dudar que Dios terminará lo que tan misericordiosamente ha empezado. Si un día contásemos con suficientes recursos para establecer una residencia en los alrededores de la corte de Djungar, me atrevo á predecir que tendríamos allí en breve un vasto plantel de fervientes adoradores de Jesucristo.

El 6 de marzo continuámos nuestro camino en direccion del Sudoeste.



Al salir de la llanura en que se halla el campamento de Djungar, el país cambia enteramente de aspecto. Nos fué preciso atravesar barranco tras barranco, y para colmo de desdicha, empezó á nevar á grandes copos. Habiéndose ocultado el sol, nuestro principal guía, y extraviándose la brújula entre los bagajes, caminábamos á la ventura, y acabámos por desorientarnos completamente. Al cabo de muchos rodeos descubrímos algunas habitaciones chinas. Se nos puso en buen camino, pero con indicaciones tan poco precisas que nos internámos en un barranco profundo donde nos sorprendió la noche. La idea de tener que acampar sin hierba ni fuego nos halagaba muy poco. Felizmente la Providencia nos hizo encontrar un lama que nos condujo á la habitacion de una familia mongola.

Esas buenas gentes se albergaban en dos cavernas: nos cedieron una y pasámos en ella deliciosamente la noche. El día siguiente al apuntar el alba subímos á las alturas para orientarnos. La víspera no habíamos adelantado más que 30 *lys*, viajando hasta la noche. Tuvímos que desandar camino, y durante todo el día atravesámos varias quebradas. De vez en cuando encontrámos escasos terrenos cultivados. Advertímos que muchas familias chinas vivían al lado de las familias mongolas. Los hijos del Celeste Imperio nos pareció habían perdido mucho del orgullo y de la astucia que les caracterizan. Atribuyo este cambio no sólo al contacto de las costumbres sencillas y patriarcales de los mongoles, sino especialmente á la ausencia de esos comediantes que van de pueblo en pueblo á dar representaciones en que la moral es muy poco respetada.

Después de andar unos treinta *lys* entrámos en un gran pueblo llamado Pagan-Etjian, habitado por mongoles, donde fijámos nuestra tienda. Allí gozámos tambien de la más cordial hospitalidad: nos llevaban á porfía manteca, leche y queso.

Estos mongoles, que forman próximamente sesenta de familia, eran kalkas, de las cercanías del Urga, fijadas en Pagan-Etjain desde la primera mitad del siglo XIII. Están exentos de impuestos, de tributos y del servicio militar, privilegios que datan del tiempo de Djinghis-Khan. Habiendo perdido aquí el gran conquistador una de sus mujeres, durante la guerra contra los Hia, encomendó la custodia de su sepulcro á algunos de sus fieles kalkas, que desde dicha época han permanecido fieles en su puesto.

Hemos visitado el lugar donde se conservan aquellos restos. En la cumbre de una colina hay dos tiendas rodeadas de una empalizada de ocho piés de altura. Las dos tiendas están yuxtapuestas y tienen entre sí una puerta de comunicacion. Entrámos en el cercado, y los mongoles que nos acompañaban se postraron tocando el suelo con la frente. Permítase al público entrar en la primera tienda el 15 de cada luna, día en que se van á hacer las postraciones. Nadie entra en la segunda, excepto el anciano encargado de la conservación de una lámpara que arde en ella día y noche. Los huesos están encerrados en una caja de madera, de tres piés de largo, cubierta con una piel de buey cosida y pegada cuidadosamente. Antes de la invasion de los mahometanos estaba encerrada en otra caja mayor y de plata maciza. Los rebeldes robaron tambien otros objetos del mismo metal colocados cerca de la caja: un trípode, una marmita, etc.

El día siguiente los kalkas asistieron con grande re-

cogimiento al sacrificio de la Misa y escucharon, con la más religiosa atencion, las explicaciones que les dimos acerca los principales puntos de la doctrina cristiana.

El 9 de marzo, muy de mañana, nuestros amigos estaban al rededor de nuestras tiendas, ayudándonos á cargar los bagajes. Nos trajeron buena provision de manteca y queso. Al despedirse prometieron no olvidar cosa alguna de las enseñanzas de la víspera.

Habíamos andado unos 15 *lys*, bajo un cielo cubierto y con un viento de extremada violencia, cuando empezó á nevar tan copiosamente que resolvimos acampar. Estábamos en la vertiente de una colina, en las cercanías de un riachuelo llamado Tsjahan-Pulac (fuente blanca). Al despertar hallámos nuestra tienda sepultada bajo la nieve, que no cesó de caer todo el día. No dejámos por eso de andar buena etapa, remontando el río hasta su origen. En toda la longitud del valle regado por el Tsjahan-Pulac, encuéntrase gran cantidad de hulla. En algunos fosos se la puede adquirir á 80 sapeques la carretada.

Cincuenta *lys* más lejos plantámos nuestra tienda en la cumbre del monte Tu-che. Era el mejor campamento que tuvimos: hierba excelente, agua de fuente, madera, hulla.

Durante tres días continuámos descendiendo hácia el Sudoeste. El 13 de marzo nos inclinámos directamente al Oeste, y tras una etapa de 20 *lys* entre una nieve fina y un viento frío, estuvimos á la vista de la lamasería de Djungar-tjoo.

Esta lamasería, que encierra 1,600 lamas, está compuesta de muchos cuerpos de edificio dispuestos regularmente. Todas las paredes están blanqueadas, y los techos cubiertos con tejas barnizadas verdes y amarillas; multitud de torrecillas, especie de conos truncados coronados con una graciosa flecha, se elevan hácia el cielo. Añádase al cuadro algunos árboles gigantescos que han visto sucederse muchas generaciones de lamas, désele por marco una vasta llanura extendiéndose hasta perderse de vista, y por fondo elevadas montañas que los rayos del sol poniente cubren con un inmenso velo de púrpura y oro, y se tendrá una débil idea del encantador espectáculo de que goza el viajero que durante largos días no ha podido recrear sus ojos con algo que revele la mano del hombre.

Después de visitar esta bella lamasería, nos internámos en un desierto de arena hasta el río Rojo (Olain Muren), cuyo lecho es muy ancho, pero poco profundo. De la lamasería á este río hay una distancia de 40 á 50 *lys*. Cruzámos el río el día siguiente, y después de haber franqueado montañas arenosas elevadísimas, dimos con otro brazo del río Rojo que estaba enteramente helado, aunque en pleno día y fuera del viento hacia un calor sofocante. Caminámos este día 40 *lys* al Sur, y acampámos no lejos de la pequeña lamasería de la llanura amarilla (Herra tala sumi), completamente destruida por los mahometanos.

Por espacio de cerca seis años los mahometanos ó Hui-dze, como les llaman los chinos, pasearon aquí el hierro y el fuego.

Los Hui-dze ocupaban antiguamente la meseta que rodea á Tarfan, en la zona que une las dos partes del Kan-su. Ya en el siglo VII, bajo la dinastía de los Tang, se mencionan en la historia como poderosísimos. Desde Tarfan se extendieron al Norte y al Sur de los Montes celestes, donde en estos últimos años se han de-



clarado independientes. En el interior de la China, y sobre todo en las provincias del Norte y del Noroeste, cuentan sectarios en número tan considerable, que han puesto al Imperio del Centro á dos dedos de su ruina: aún actualmente las expediciones de víveres y municiones á los ejércitos imperiales que ocupan el Norte del Kan-su absorben la mejor parte del tesoro de Pekin.

Los mahometanos establecidos entre los chinos han adoptado los usos y costumbres de éstos. Con todo, se abstienen de carne de cerdo y tienen sumo cuidado en preparar sus viandas con utensilios propios, tanto temen contaminarse con el contacto de los paganos á quienes llaman desdenosamente comedores de cerdo.

¿En qué época y con qué objeto los mahometanos levantaron la bandera de la rebelion? Todo el mundo parece aquí ignorarlo, y acerca de esto hemos oido las cosas más contradictorias. No obstante, parece que en 1861 los mahometanos del Chen-si, exasperados por acusaciones de los chinos, que les reprochaban hacer causa comun con los rebeldes del interior, empezaron á recorrer la provincia, dando muerte á su paso á todos los paganos. Generalmente, los cristianos fueron respetados, por política, sin duda, más que por simpatía, pues segun todas las apariencias los Hui-dze temian herir la susceptibilidad de las naciones representadas en Pekin. Los habitantes de las grandes ciudades, en vez de unirse en un comun esfuerzo para poner término á la matanza, contentáronse con permanecer á la defensiva, y cuando el Gobierno imperial envió por fin algunas tropas, éstas acabaron de arruinar lo que quedaba aún en pié en la parte oriental de la provincia que los Hui-dze les abandonaron. En 1867 enarbolóse segunda vez el estandarte de la rebelion, y de este año data la invasion de los mahometanos en el país de los Ortús. Los rebeldes tenian la esperanza de penetrar por allí en la China y apoderarse de Pekin. Los horrores que cometieron en la Mongolia y en la China tomaron tales proporciones que temióse seriamente que conseguirian su objeto. Felizmente los mahometanos del interior no secundaron los esfuerzos de sus correligionarios.

Los Hui-dze ocuparon las tierras de los Ortús hasta 1871. Un cristiano de Ning-tjao-leang, testigo ocular de la toma de esta ciudad, nos refirió acerca de esto detalles horribles. Ning-tjao-leang es una ciudad situada en el territorio de los Ortús, á seis leguas al Norte de la gran muralla, y sirve de depósito para las transacciones comerciales entre chinos y mongoles.

A principios de 1869 esta ciudad, que tenia una poblacion normal de 40,000 almas, vió de repente subir el número de sus habitantes á más de 250,000. Eran otros tantos infelices que venian á buscar allí un asilo contra los furios de los mahometanos. Creíanse seguros en esta ciudad que contaba una guarnicion de varios miles de soldados chinos.

Cierto día la ciudad fué atacada por multitud de Hui-dze, armados de picas, sables y fusiles. En vista de esto los mandarines chinos, llenos de terror, declaran que sus soldados nada pueden contra tan gran número de enemigos, y excitan á los habitantes á defenderse, cada uno en su casa. Los rebeldes entre tanto suben al asalto y apodéranse del campamento de los soldados ahinos, cuya mayor parte se deja degollar sin resistencia, mientras que un corto número emprende la fuga. Inmediatamente despues del golpe de mano procedióse á visitas

domiciliarias. Durante nueve días se fué de casa en casa, exigiendo el dinero y todos los objetos preciosos, torturando de la manera más espantosa á los que no descubrian en el acto sus tesoros, y matando luego sin misericordia á hombres, mujeres y niños. Más de 200,000 personas cayeron á los golpes de esos mónstruos.

El buen anciano que nos refirió estas escenas de horror, escapó á la muerte de una manera milagrosa. En el momento en que iba á recibir el golpe de gracia, tomó el crucifijo y los rosarios y los besó con fervor. Al verlo los bárbaros, que tenian orden de respetar á los cristianos, detiénense y le conducen ante el jefe, quien le pregunta si es adorador del verdadero Dios.

—Sí, contesta el cristiano.

—En este caso, que viva: dadle de comer y proporcionadle un empleo en el campamento.

El anciano fué retenido hasta despues del saqueo de la ciudad. Cuando entró en ella, dice que era indescriptible el espectáculo que ofrecia: las calles estaban llenas de cadáveres, y la mayor parte de las casas destruidas ó incendiadas. Tuvo gran trabajo en encontrar la que habia sido su habitacion.

—¡Ojalá, dice, no hubiese vuelto á poner los piés en ella! Los primeros objetos que se ofrecieron á mi vista fueron los cadáveres de mi mujer y de mis hijos, que yacian confundidos en el patio!

Aún hoy esta infeliz ciudad está llena de desolacion. Un millar de habitantes todo lo más vagan errantes en medio de las ruinas. Si se exceptúa muy pocas casas algo restauradas, no se ve en todas partes sino lienzo de pared, montones de ladrillos, piedras y tierra. Los soldados chinos acampados allí despues de la partida de los Hui-dze, han acabado de destruir lo que quedaba en pié. En vano se buscaria allí un pedazo de madera.

Los mahometanos se diseminaron en seguida por el país de los Ortús, donde ejercieron las mismas crueldades, arrebataron los camellos, caballos y rebaños de bueyes y de ovejas, únicas riquezas de esos pueblos.

Prosigamos la relacion de nuestro viaje.

A 10 *lys* de la lamasería de la llanura Roja llegámos á He-Etjain, lugar de sepultura del famoso conquistador Djinghis-Khan.

Antes de la invasion de los mahometanos habia en He-Etjain, en un terreno algo elevado, dos patios contiguos y rodeados de empalizadas. En el fondo del segundo patio habia una construccion bastante parecida á las habitaciones chinas, y en el mismo patio estaban fijas seis tiendas. Aquí, como en Pagan-Etjain, de que hablámos más arriba, los restos del *bokta* (el santo) se conservaban en una doble tienda. Las tiendas próximas contenian diversos objetos preciosos, tales como una silla de oro, platos, un trípode, una marmita y muchos otros utensilios, todo de plata maciza.

Segun los mongoles kalkas, establecidos aquí en número de 600 familias, y gozando de iguales privilegios que los de Pagan-Etjain, Djinghis-Khan estaba en guerra con el Oeste, cuando murió de enfermedad en Tchong-Wei. Los soldados quisieron transportar su cuerpo á Holin, á 60 *lys* al Sudeste del Urga; pero no pudiendo los carros atravesar las montañas arenosas de los Ortús, detuviéronse en He-Etjain, y la custodia del lugar de sepultura fué confiada á los kalkas.

Esto parece en contradiccion con la historia china, que coloca el lugar de la sepultura de la dinastía de los Yuen en las cavernas del monte Ki-lien; pero débese



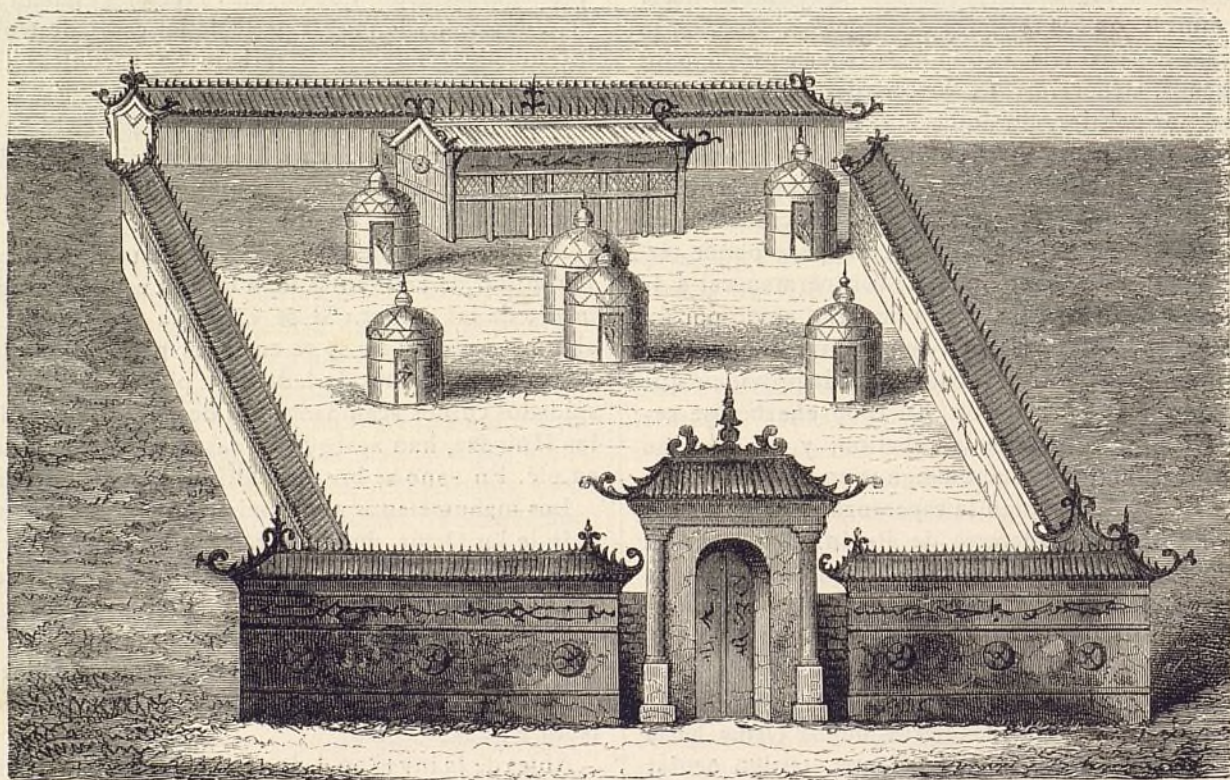
notar que los cronistas chinos no hacen comenzar dicha dinastía hasta el advenimiento de Hu-bi-lai-khan, el último de los cuatro hijos de Djinghis-Khan.

Aun al presente los reyes de los Ortús vienen todos los años á postrarse ante la caja que encierra los huesos de su ilustre antepasado, é inmolan en su honor un caballo y ocho carneros, de los que ellos y su gente hacen una comida sagrada en el lugar mismo del sacrificio.

El frío, el viento y el polvo nos retuvieron en He-Etjain hasta el 18 de marzo. Estábamos en el territorio del rey Wang-ke, y como sólo distábamos unos 30 *lys* de su residencia, resolvimos ir allá. Cambiámos, pues, de dirección, y tomando por el Nortenoroeste, llegámos, despues de cruzar algunas colinas arenosas, á una vasta llanura, en cuyo centro brillaba, como un vasto espejo, el lago Holainoor, alimentado por un riachuelo procedente del Sudoeste.

Por desdicha el rey estaba ausente: habia ido al Norte á visitar una lamasería y no debia regresar hasta pasados algunos dias. Fijámos nuestra tienda cerca de la morada real; á la mañana siguiente, festividad de san José, recibimos la visita de algunos mandarines. Comprendiendo que nuestros intentos no eran hostiles, nos invitaron á ir á verles en sus casas. Aceptámos, y pocas horas más tarde una escolta de varios jinetes vino á buscarnos y conducirnos al Ya-men, donde explicámos la Religión á la multitud reunida. Un secretario fué encargado de transcribir las oraciones, los artículos de la fe y el decálogo. Despues de la sesion nos sirvieron un solemne banquete, y al anochecer una guardia de honor nos volvió á nuestras tiendas.

Como habíamos significado nuestro proyecto de continuar el camino á la madrugada, al clarear el dia encontramos un jinete apostado junto á la tienda para



PAÍS DE LOS ORTÚS.—Sepulcros de Djinghis-Khan. (Pág. 327).

servirnos de guía. Nos acompañó unos 40 *lys*, en la dirección Sudoeste, conduciéndonos ora á través de la llanura y á lo largo del riachuelo, ora haciéndonos subir colinas arenosas cubiertas de malezas. Así llegámos á un camino bastante frecuentado, donde encontramos muchos chinos que venian de Yulin, junto á la gran muralla, y se dirigian á Pao-thu, ciudad situada junto al rio Amarillo, á 350 *lys* de Ku-ku-hotun ó Kui-kwa-Tscheung.

Acampámos junto á este camino, que seguimos el dia siguiente en un espacio de 30 *lys*; luego pasámos al Sur, subiendo y bajando todo el dia montañas de arena. Desde lo alto de cada cumbre veíamos á nuestro frente el lago Blanco (Tsjahan-noor), que tiene de ocho á diez leguas de circuito. Como parecia poco distante, creimos poder llegar antes de la noche; pero el sol desapareció tras el horizonte en el momento en que desembocámos en la llanura del Tsjahan-noor, y nos vimos obligados á detenernos.

Antes de subir la última colina, el Rdo. Verlinden en su ardor adelantóse á la caravana. A cada momento esperábamos que se nos reuniria; mas en vano. Uno de nuestros hombres fué en su busca, pero como la oscuridad era tan profunda, nada pudo descubrir. Descargámos los fusiles y encendimos un gran fuego; todo fué inútil. A la primera luz del alba estábamos en pié y nos dispersámos en todas direcciones. Uno de los nuestros tuvo la dicha de encontrar un mongol, que le dijo haber visto un extranjero á orillas del lago Blanco. El extranjero era el Rdo. Verlinden. A medio dia volvió á nuestro lado, despues de una noche pasada á la intemperie y de estar treinta y seis horas en ayunas.

Todo el dia permanecimos á la entrada de la llanura, cerca de la lamasería Amtu-Sumé, y tuvimos el consuelo de instruir á un viejo lama dispuesto á convertirse, y á un jóven que revelaba las mismas disposiciones. Este nos acompañó el dia siguiente, y nos hizo atravesar un riachuelo que venia del Noroeste y se perdia en



el lago Blanco, despues de un curso de 50 *lys*. El país ofrecia siempre el mismo aspecto: sucedíanse sin interrupcion montecillos de arena; y á trechos veíanse pequeños lagos, bordados á veces con miserable verdor. Este dia caminámos de 40 á 50 *lys*, hasta la lamasería Tu-cultai, donde nos encontrámos en territorio del rey Djassæ.

El dia siguiente (24 de marzo) pasámos entre una cordillera de montañas y el lago Olain-Asjahan-noor, dejando éste á nuestra derecha. Este lago puede tener de siete á ocho leguas de largo por cuatro de ancho; de vez en cuando encontrámos algunos oasis, verdaderas islas de verdor perdidas en medio de los arenales. Habítanlas multitud de liebres y faisanes y en algunas crecen con tal vigor las hierbas y malezas y forman grupos tan espesos, que es imposible penetrar en ellas. Empero, siendo las islas pantanosas é impropias para el cultivo, los mongoles por lo comun no fijan en ellas su morada.

Quedámos horriblemente fatigados por lo largo de la etapa y los malos caminos.

El día siguiente, festividad de la Anunciacion, lamentámos vivamente no tener ningun mongol á quien anunciar la buena nueva.

Pusímonos en marcha, con la confianza de encontrar por lo menos algunas tiendas. Caminámos siete horas en medio de un desierto de arena sin hallar el menor vestigio de habitacion. Empezaba ya á descender el sol, y nos inquietaba la idea de cómo pasaríamos la noche. Por suerte hay una Providencia especial para los misioneros. Desde lo alto de una colina, vimos á nuestro frente una vasta llanura, y á nuestros piés una lamasería. Entrámos en ella, creyendo encontrar un centenar de lamas, y sólo habia un anciano, custodio del templo y sus dependencias. Todos los habitantes de la lamasería habian sido asesinados por los mahometanos. Reconstruyéronse más tarde los edificios, pero no se celebraban allí ceremonias sino una ó dos veces al año.

Suplicámos al anciano que nos indicase el camino que habíamos de seguir para dirigirnos á la residencia de Wu-chen-ta, primer rey de los Ortús; y nos contestó que, habiéndose retirado el rey, desde la invasion de los Hui-dzes, á un lugar casi inaccesible, nos seria punto menos que imposible encontrarle. Este desagradable informe no nos desalentó.

El día siguiente muy de mañana nos disponíamos á partir cuando un jóven lama, venido de no sé dónde, se ofreció para servirnos de guía, y aceptámos. No nos pareció muy seguro de la direccion que habíamos de tomar, pues á intervalos se desviaba de la caravana, subia á la cumbre de las colinas para inspeccionar el país, desapareciendo ora á derecha, ora á izquierda, acabando por eclipsarse completamente.

Nuestra situacion era crítica. Sin embargo, proseguímos la marcha en la direccion del Sud. Al cabo de dos horas de camino advertímos á trechos, entre la arena, algunos mezquinos matorrales, indicio cierto de que nos acercábamos á una llanura, y en efecto, luego tuvimos el gusto de pisar un tapiz de césped.

El valle en que nos encontrábamos estaba enteramente encajonado entre montañas de arena. Ninguna habitacion, ningun vestigio de que el lugar hubiese sido visitado nunca por criatura humana.

Mas hé aquí que de repente seis jinetes caen sobre

nosotros como una bomba. Afectámos conservar nuestra sangre fria. Estábamos en presencia de seis mandarines: un glóbulo rojo, dos azules y tres de un rango inferior. El del glóbulo rojo nos dirige la palabra con altivez:

—¿Quiénes sois? ¿de dónde venís? ¿á dónde vais?

Le contestámos en el mismo tono.

—Haréis bien de desandar el camino, repuso entonces, ir á Yulin y pasar la gran muralla.

—Y ¿qué derecho teneis para darnos semejantes órdenes? Llevais, es cierto, vestidos de ceremonia y glóbulos en vuestros sombreros; pero ¿quién nos asegura que no sois bandidos? ¿Acaso os valeis de ese fraude para intimidar á los viajeros y despojarles más fácilmente? A menos que mostreis una orden de vuestro rey, os consideraremos como ladrones, y os trataremos como tales.

Este lenguaje les desconcertó completamente. Descabalgaron y pidieron cortesmente conversar como buenos amigos. Devolvimos cumplido por cumplido; sentámonos en círculo sobre la hierba, y supimos que nos encontrábamos en presencia de Su Excelencia el primer ministro de Wu-chen-ta. Por su mirar de reojo y su afectada sonrisa le hubiéramos tomado por un astuto chino más bien que por un mongol del desierto. Más tarde supimos que dominaba enteramente al rey, y que al mismo tiempo que engañaba á su señor explotaba al pueblo.

Esforzóse por disuadirnos de que fuésemos á la corte, afirmando que el rey no nos recibiría. ¿Temia que hiciésemos revelaciones acerca su persona, ó bien nos suponía animados de siniestros designios? Lo ignoramos. Pero, á fin de que no se nos tomase por bandidos puestos en fuga por mandarines, le declaramos que, teniendo libertad de ir á donde nos pareciése, iríamos ciertamente á la corte, siendo libre el rey de concedernos ó negarnos audiencia.

Despues de esta declaracion dimos orden á nuestra gente para que plantase las tiendas, y á fin de demostrar que practicábamos las leyes de la hospitalidad, invitámos á nuestros huéspedes á tomar el té con nosotros, lo que rehusaron pretextando que todavía tenían que hacer larga jornada.

Entonces nos explicámos la desaparicion del jóven guía de la mañana. Evidentemente era un espía enviado por el mandarin con objeto de vigilar nuestros movimientos.

La misma tarde recibímos la visita de varios mongoles, que se mostraron reservadísimos y muy circunspectos, guardándose bien de darnos la menor noticia respecto del rey y del camino que conduce á su residencia. Felizmente dos ortús del Oeste, que nos manifestaron el deseo de unírseles así que estuviésemos establecidos entre ellos, nos dieron las indicaciones necesarios. Nos aseguraron que sólo estábamos á dos jornadas de las tiendas reales, y que dirigiéndonos directamente hácia el Oeste no podíamos extraviarnos.

El día siguiente (27 de marzo), mientras que cargábamos nuestras bestias, muchos jinetes vinieron á preguntarnos á dónde queríamos dirigir nuestros pasos.

—Vamos á la residencia del rey, respondimos señalando el Oeste.

A estas palabras miráronse desconcertados, y partieron á todo el galope de sus corceles.

Este dia hicimos de 40 á 50 *lys* entre pantanos en que



el lodo nos llegaba á la rodilla. Al anocheecer estábamos tranquilamente sentados en torno de un gran fuego, cuando oímos á cierta distancia el trote de muchos caballos. Samdadchienba distinguió tres jinetes, huyendo hacía el Oeste. Decididamente estábamos espiados noche y día.

A la mañana siguiente habíamos andado apenas algunos *lys* cuando se nos presentó un jinete en traje de ceremonia, anunciándonos en nombre del rey, que tenía orden de indicarnos el buen camino y de conducirnos á su presencia. No sabíamos bien si este guía era enviado por el ministro con objeto de extraviarnos. Sin embargo, viendo que tomaba la dirección del Occidente, le seguimos.

Al cabo de 30 *lys* estábamos á la vista de las tiendas reales.

Así que desmontamos, el secretario del rey vino á preguntarnos qué día deseábamos obtener audiencia. Como el día siguiente era domingo de Ramos, la pedimos para el lunes.

Llegada la hora de la audiencia, nos vinieron á buscar con toda ceremonia, y se nos introdujo en un vasto pabellón de tela azul, tapizado de blanco en el interior. Vimos al rey sentado en un estrado: un asiento holgado, cubierto de seda roja, le hacía veces de trono, y á su derecha se nos reservó un escaño con almohadones también rojos. El primer ministro ocupaba otro banco parecido á la izquierda. Gran número de mandarines civiles y militares nos siguieron á la tienda real.

Wu-chen-ta era un hombre de unos sesenta años, de rostro apacible y agraciado. Después de mostrarle nuestros pasaportes y *lung-piao* (decreto del Emperador, en papel amarillo, autorizándonos á predicar la Religión), le expusimos en breves palabras el objeto de nuestro viaje entre los Ortús.

Escuchónos con benévola atención, interrumpiéndonos de vez en cuando con un *ho-yet*: (¡Está bien!)

—Las cosas del alma, dijo, no son de mi incumbencia: cada cual tiene completa libertad de ser lama ú hombre negro, y si mi pueblo quiere adorar al Señor del cielo, puede hacerlo con toda seguridad. Por vuestros pasaportes veo que os debo ayuda y protección: contad conmigo; os la haré prestar en todas partes.

Estaba colmado nuestro más vivo deseo: acabábamos de oír, de boca del mismo rey, en presencia de los ministros y de los principales mandarines, que se reconocía responsable de los accidentes que pudieran ocurrirnos en el país de los Ortús: podíamos continuar nuestra ruta sin temor.

Conforme á la costumbre del país, ofrecimos un regalo á Su Majestad: una manta de viaje y dos grabados europeos, y en conformidad también á la costumbre, el rey sólo aceptó lo que le pareció menos precioso, esto es, los grabados. Por su parte nos presentó, á uno una taza de porcelana y al otro un par de zapatos finamente borbados.

Terminada la recepción oficial, Wu-chen-ta nos hizo servir un té mantecado, y la conversación tomó un giro muy familiar. Nos hizo muchas preguntas sobre Europa, y con no poca sorpresa de nuestra parte el primer ministro, que la víspera se nos había mostrado muy áspero, usó con nosotros suma amabilidad.

Resolvimos continuar nuestro viaje hasta Ning-tjao-leang, donde sabíamos existió en otro tiempo un grupo de cristianos chinos. El rey nos señaló, por compañe-

ros de viaje, dos mandarines de glóbulo blanco y dos soldados. Nos condujeron á través de montañas y pantanos, por caminos que ciertamente no hubiéramos podido descubrir sin guía. Pasamos la primera noche, después de 35 *lys* de marcha, á orillas de un oasis. Los días siguientes concertamos, de jornada en jornada, gentes del país, y el 1.º de abril desembocamos en una llanura en que había una vasta lamasería enteramente destruida, y en la que perecieron más de 500 lamas. A juzgar por las ruinas, debía ser una de las más bellas lamaserías del país de los Ortús: los edificios, sólidamente contruidos y ricamente adornados, ocupaban un inmenso espacio. En el fondo de la llanura corre el río Kalistaingol, que da su nombre á la lamasería, y se dirige al Sud, pasando por Yulin.

Los tres días siguientes dimos de nuevo en colinas arenosas, y avanzamos con tanta dificultad que nos acontenció no andar sino 15 *lys* de un día. Felizmente, la víspera de Pascua encontramos un magnífico campamento, en un valle donde la hierba excedía la cabeza de nuestros caballos.

Estábamos á 150 *lys* de Ning-tjao-leang, á donde habíamos calculado llegar antes de la fiesta, y nos faltaba aún más de una semana antes de plantar nuestras tiendas frente las ruinas de esta ciudad. El valle en que acampamos debió ser muy poblado antes de la invasión de los mahometanos. En todas partes vense ruinas de casas ó restos de tiendas. Vimos un mongol que vivía con su mujer y sus hijos en la más espantosa miseria: les propusimos que nos sirviesen de guías para el resto del viaje, y convinieron en ello, con gran satisfacción de los mandarines de Wu-chen-ta, á quienes gustaba poco comprometerse en el territorio del rey Otho.

Pasamos el río Amarillo, y el lunes de Pascua, 6 de abril, nuestros nuevos guías nos condujeron á través de los arenales, cerca de una llanura de aspecto fantástico; parecía un lago de hielo. Era simplemente un inmenso pantano, cubierto con una costra seca y dura, blanqueada por las exhalaciones salitrosas. No deja de haber peligro en aventurarse por aquel terreno blando, como lo experimentamos muy pronto. Nuestro camello de vanguardia desvióse un poco del sendero indicado por el guía, y su bestia sintiendo que la tierra le faltaba bajo sus piés, dió un salto que sembró la alarma en toda la caravana. En un abrir y cerrar de ojos tres de nuestros camellos se encontraron hundidos hasta el vientre, en una especie de pasta de arcilla y pegajosa. Vímonos obligados á descargarlos, y á emplear la palanca y las cuerdas para obligarles á salir de su extraño sepulcro.

Apesar de este accidente hicimos una jornada de 50 *lys*. El jóven mongol que habíamos tomado por guía era un excelente cazador. Armado de un fusil de mecha, derribaba toda la caza que se levantaba á nuestro paso. En los sitios en que las hierbas y malezas ocultan gran cantidad de liebres, los mongoles desdeñan emplear el fusil; sirvense de un palo, de pié y medio de largo y cubierto de un aro de hierro en las extremidades: lanzan este instrumento con tal precisión que hieren la liebre á treinta pasos de distancia, y son tan diestros, que cogen unas veinte en pocas horas.

Hasta entonces habíamos tenido que luchar á menudo con la nieve: durante el día hacía calor, pero al anocheecer el tiempo se volvía excesivamente frío. Esta noche (7 de abril) por primera vez tuvimos lluvia.



Nuestros guías nos habían dicho que llegaríamos luego al gran camino de Ning-tjao-leang. Esta perspectiva nos era tanto más grata cuanto teníamos que andar penosamente á través de colinas de arena cubiertas de malezas, y de llanuras salitrosas cuyos emplazamientos más favorables ofrecían á la vista restos de tiendas, de casas y de huesos humanos. Llegamos finalmente al camino tan deseado; pero en muchos puntos el amontonamiento de la arena lo habían hecho invisible é impracticable. Por suerte, nuestro intrépido cazador escalaba todas las cumbres y nos señalaba los puntos por donde podían pasar nuestros camellos.

Sin accidente alguno llegamos á un largo y ancho valle, con colinas de arena á su alrededor. Después de las fatigas, el calor y la sed que habíamos padecido, estábamos admirados al ver tan magnífico campamento. Como había en él abundante hierba, resolvimos detenernos allí algunos días á fin de que nuestros animales pudiesen restaurar sus fuerzas.

En medio de esta llanura se levantan las ruinas de las fortificaciones de la antigua ciudad mongola de Porro-Palassan. Según toda probabilidad, fué destruida por los Ming, del siglo XIV, cuando la caída de la dinastía de los Yuen. Estaba rodeada de un muro de 25 pies de altura por 50 de grueso, construido con enormes ladrillos cocidos al sol. Hoy no se ve allí vestigio alguno de habitación. El espacio comprendido entre las fortificaciones está cubierto de magnífica hierba: á cada instante saltan perdices, faisanes y liebres, únicos custodios de esta antigua ciudadela.

La llanura de Porro-Palassan tiene una extensión de seis leguas cuadradas. A trechos entre las hierbas, se levantan algunos lienzos de pared. Son restos de las antiguas casas construidas á la chinesca, y habitadas, antes de la invasión, por mongoles agricultores. Vense todavía allí algunos *khangs* ú hornos de greda.

Nos encontramos á unos 50 *lys* de Ning-tjao-leang y nuestras provisiones estaban agotadas. Encargamos á Samdachienba que fué á comprar harina y mijo; á Thuga-poo fué encomendada la custodia de los animales y que hiciese provision de combustible: el Rdo. Verlinden, acompañado del joven mongol, partió para la caza, y el Rdo de Vos, atacado de una ligera afección de garganta, tomó á su cargo el cuidado del menaje. La caza fué abundantísima, y nos dimos el lujo de un modesto banquete.

Samdachienba regresó la tarde del segundo día con provisiones y buenas noticias: la ciudad iba repoblándose, y contaba aún con algunas familias cristianas. Aunque el camino era pésimo, forzando un poco la marcha se podía llegar en un día á Ning-tjao-leang.

El 11 de abril, mientras cabalgábamos á través de los arenales, vimos de repente aparecer en la cumbre de una colina dos jinetes que, deteniéndose á nuestra vista, se apresuraron á poner pié á tierra. Eran cristianos de Ning-tjao-leang que, advertidos de nuestra llegada por Samdachienba, venían á saludar á los *schenn fu* de Occidente.

Estas buenas gentes nos anunciaron que el mandarin de Ning-tjao-leang, prevenido por el rey Wu-chen-ta de nuestra próxima llegada, estaba animado de los mejores intenciones respecto á los cristianos, y nos dieron algunas noticias acerca el origen de Ning-tjao-leang.

A mediados del siglo XVIII el emperador Kien-Long permitió á los reyes mongoles que vendiesen á los chi-

nos los terrenos situados á la otra parte de la gran muralla, en un radio de tres á seis leguas. Algunos mercaderes chinos, usando de esta concesión, compraron al rey Othok terrenos destinados á depósito para cambio de mercancías entre el Norte y el Sur. De año en año aumentó la colonia y fué luego una ciudad importante.

Algunas familias cristianas del Chen-si emigraron á esos parajes y se establecieron cerca de la nueva ciudad. Como los chinos emigrados continuaron siendo civilmente administrados por los mandarines de la provincia del Chen-si, fueron también los sacerdotes de este vicariato apostólico los que cuidaron de sus antiguas ovejas, á las que visitaban una vez al año. Antes de la invasión la cristiandad de Ning-tjao-leang contaba unos 200 miembros, de los cuales 140, confundidos con los paganos, fueron muertos por los musulmanes.

Al llegar á 3 *lys* de las fortificaciones vimos un patio murado, cuyas habitaciones estaban todas destruidas. En él plantamos nuestras tiendas.

El día siguiente recibimos la visita de la reducida colonia cristiana de Ning-tjao-leang; sólo quedaban cuarenta fieles. ¡Cosa maravillosa! esas infelices gentes, aunque privadas de auxilios espirituales hacia ocho años, se reunían dos veces todos los domingos por la mañana para rezar las oraciones que en ausencia del sacerdote reemplazan el sacrificio de la misa, y por la tarde para hacer el *Via crucis*. No atreviéndose aún á establecerse en el pueblo que ocupaban antes de la invasión de los mahometanos, se apropiaron provisionalmente algunas de las casas incendiadas ó abandonadas.

A nuestro parecer, Ning-tjao-leang es un punto de suma importancia. Situada junto á un camino que viene de las provincias del Chen-si y del Chan-si, esta ciudad es frecuentada por todos los mercaderes que se dirigen á Ning-hia á Si-ngin-fu y al Ku-ku-noor. Además es el único punto del país de los Ortús en donde la Mision pudiera abastecerse, y esta ciudad está también en las cercanías del reino de Gonking que, con el reino de Othok, en cuyo territorio se encuentra Ning-tjao-leang, fué devastado por los mahometanos, habiendo muerto ó huido todos los lamas...

Los mongoles no son obstinados en sus errores; la idolatría sólo es entre ellos un efecto de la ignorancia, y no se necesitará mucho tiempo para atraer gran número de ellos al redil de Jesucristo.

Según frase del Rdo. Huc, para concluir con el budismo, se debiera procurar la conversión de los lamas. Procuremos, pues, destruir el lamanismo. Esta casta sacerdotal subsistía especialmente por medio de los hijos de los pobres, que á la edad de diez años daban los padres á algún lama como *chabis* ó discípulos. Adoptemos á esos infelices, instruyámosles, y serán un semillero que en pocos años nos proporcionará maestros de escuela, catequistas, agricultores, artesanos y quizá apóstoles. El mongol es robusto, de juicio sano, naturalmente modesto, y tiene notable firmeza de carácter. Hé aquí preciosas cualidades para formar misioneros, cualidades que faltan con frecuencia entre los alumnos de los misioneros chinos.

El antiguo pueblo cristiano, situado á las puertas de la ciudad, es casi exclusivamente propiedad de un catequista llamado Yang. En el centro del pueblo hay dos vastos cercados: en el uno había la capilla y en el otro la residencia del misionero. Los muros, sólidamente contruidos, están todavía en pié, y no se necesitarían



fuertes sumas para restaurar capilla y casa. Los paganos chinos se muestran muy bien dispuestos. Cada día muchos vienen á hacerse instruir, y desde ahora podemos contar con algunas conversiones.

Todos los mengoles nos son adictos. El parte del rey Wu-chen-ta produjo excelente efecto no sólo en el pueblo, sino también en el mandarin y sus dos sucesores. Uno de estos, que tiene bajo su administracion el hermoso valle de Porro-Palassan, nos aconseja que reunamos en él á todas las familias mongoles que quieran convertirse. Esta llanura fértil, á siete leguas de Ning-tjao-leang, no puede estar en mejor situacion para recibir una colonia modelo. Allí los mongoles estarían enteramente separados de los chinos, con quienes, aquí como en todas partes, nunca están en perfecta armonía.

En el siglo VIII el emperador de la China admitió á doscientos musulmanes en sus Estados. A pesar de la discrepancia que existe entre las ideas religiosas de los chinos y las de los sectarios de Mahoma, éstos se han multiplicado de tal suerte, que extendidos al presente en toda la superficie del Imperio, hacen temblar el Hijo del cielo en su trono.

Y nosotros, soldados de Jesucristo, á quienes se dijo: «Id, y enseñad á todas las naciones,» ¿no lograríamos, ayudados con la gracia omnipotente, arrancar de las garras de Satanás á ese pobre pueblo mongol? *Opere-mur bonum dum tempus habemus*. Aprovechemos, pues, las presentes favorables circunstancias que quizá no vuelvan á presentarse, é impongámonos, si necesario fuese, los mayores sacrificios: Dios preparará el porvenir: *Deus providebit*.

#### OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Algunas distinguidas y piadosas señoras de Madrid han dirigido el siguiente mensaje á Su Santidad:

«Beatísimo Padre: María Luisa Carvajal y Dávalos, Marquesa del Viso; Piedad Téllez Giron y Fernandez de Velasco, Condesa de Peñaranda de Bracamonte; María Luisa Gamboa y Lopez de Leon, Condesa viuda de Villalobos; Leticia Bueno y Blanco, Marquesa de la Palmira; Victorina Ibargüen y Fernandez de Córdoba, y María Luisa Diago y Tirry, Condesa viuda de Armildez de Toledo,

«A Vuestra Santidad exponen:

«Que habiendo sido acogido su deseo por el Emmo. señor Cardenal, Arzobispo de Toledo, su dignísimo Prelado, de instalar la grandiosa obra de la *Propagacion de la fe* en toda España;

«Postradas á los sagrados piés de Vuestra Santidad le piden humildemente se digne darles su aprobacion apostólica para el mejor resultado de su obra, y además hacerlas participantes de todas las gracias espirituales é indulgencias con que Vuestra Santidad y sus augustos predecesores la han enriquecido en todo el orbe católico.

«De esta obra esperan, con la gracia divina, obtener los más satisfactorios resultados, para poder con sus fondos favorecer á la Sagrada Congregacion de *Propaganda fide* y á todas las Misiones del mundo entero, dando la preferencia á las más necesitadas.

«Beatísimo Padre:

«Como prenda segura de alcanzar del bondadoso co-

razon de Vuestra Santidad la gracia que piden, imploran ante todo la apostólica bendicion de Vuestra Santidad para las que suscriben, y para cada una de las personas inscritas ya y que en lo sucesivo tomaren parte en tan santa obra.

«Y besan humildemente las plantas de Vuestra Santidad sus devotísimas, obedientes y amantes hijas en Nuestro Señor Jesucristo, A. La Marquesa del Viso, Duquesa de San Carlos.—A. La Condesa de Peñaranda de Bracamonte, Marquesa de Rivas de Jarama.—La Condesa viuda de Villalobos.—La Marquesa de la Palmira.—Victorina Ibargüen de Rio.—Y la Condesa viuda de Armildez de Toledo, Marquesa de San Martin de la Ascension.—El Director espiritual, José Joaquin Cotanilla, S. J.»

«Madrid 5 de diciembre de 1882.—Teniendo en consideracion la utilidad grandísima de la obra de la *Propagacion de la fe* en Francia y otras naciones, y conociendo la actividad y celo por los intereses católicos de las nobles señoras que suscriben y del Padre espiritual que las dirige, no puedo menos de recomendar muy eficazmente á la benevolencia de Vuestra Santidad la aprobacion de la predicha obra de la *Propagacion de la fe* en nuestra católica España, cuya instalacion desean llevar á cabo las referidas y muy piadosas señoras.—Juan Ignacio, Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo.—Hay un sello que dice: *Arzobispado de Toledo*.»

«Avila 9 de diciembre de 1882.—Me uno enteramente á la aprobacion precedente del Emmo. y Rmo. señor Cardenal Arzobispo de Toledo; deseo vivamente la pronta instalacion de la *Propagacion de la fe* en toda España; y recomiendo encarecidamente á Vuestra Santidad las preces de las señoras piadosas que suscriben el anterior mensaje.—Ciriaco María, Obispo de Avila.—Hay un sello que dice: *Obispado de Avila*.»

«Leon 12 de diciembre de 1882.—Tenia dispuesto el Obispo que suscribe, instalar muy pronto en su diócesis la obra de la *Propagacion de la fe*; mas viendo por la precedente instancia que las piadosas señoras que la firman se proponen trabajar con el mismo laudable objeto, para hacerla general en toda España, uno mi viva recomendacion á los Venerables Hermanos de Toledo y Avila, pidiendo humildemente á Vuestra Santidad se digne bendecir el proyecto de las caritativas señoras.—Saturnino, Obispo de Leon.—Hay un sello que dice: *Obispado de Leon*.»

«Almería 17 de diciembre de 1882.—Recomiendo con la más viva instancia á Vuestra Santidad y al tenor que lo hacen los Venerables Hermanos de Toledo, Avila y Leon, las preces de las nobles y piadosas señoras que suscriben el anterior mensaje, y pido á Dios Nuestro Señor se instale cuanto antes en toda España la obra de la *Propagacion de la fe*.—José María, Obispo de Almería.—Hay un sello que dice: *Obispado de Almería*.»

«Guadix 20 de diciembre de 1882. Con el más vivo interés suplico á Vuestra Santidad se digne aprobar y enriquecer con sus gracias la obra que tratan de establecer las nobles señoras que suscriben el anterior mensaje, con el título de la *Propagacion de la fe*, pues en mi humilde concepto producirá frutos de santificacion para las almas.—Fray Vicente, Obispo de Guadix y Baza.—Hay un sello que dice: *Obispado de Guadix y Baza*.»

«Jaen 29 de diciembre de 1882.—Recomiendo muy encarecidamente á Vuestra Santidad la obra de la Pro-



*pagacion de la fe*, que desean establecer en nuestra católica España las piadosas señoras que suscriben las anteriores preces, pues no dudo que dicha obra ha de producir los más satisfactorios resultados.—Manuel María, Obispo de Jaen.—Hay un sello que dice: *Obispado de Jaen.*»

## CRÓNICA.

**Constantinopla.**—Nos escriben de esta ciudad el 26 de julio último:

«Dista mucho de tocar á su fin la hostilidad del patriarcado focio contra las nuevas Misiones greco-católicas. Ha jurado su destruccion y se esfuerza por ahogarlas en su principio, temiendo que tomen más tarde proporciones alarmantes, como sucederá, en efecto, á pesar de todos los manejos de los cismáticos. Bastará preparar un clero greco-católico bastante numeroso y activo para encargarse de las Misiones que se abrirán sucesivamente. El Gobierno otomano nada perderá en ello; pero por desgracia algunos funcionarios subalternos, lejos de protegernos, procuran neutralizar nuestros esfuerzos. Así el sub-gobernador de Kaysery, cediendo á las instancias del metropolitano griego, ha prohibido al misionero católico el uso del gorro de los eclesiásticos griegos. Esta prohibicion se hizo con objeto de hacernos imposible la permanencia en Kaysery, como ha acontecido por desgracia.

«Por otra parte las persecuciones incesantes del patriarcado griego contra la Mision de Malgara han excitado de tal suerte á la poblacion cismática, que algunos, fanatizados, han reducido á cenizas la capilla y la residencia que fundámos recientemente. La Sublime Puerta ha enviado al lugar del suceso al procurador imperial, y despues de minuciosas pesquisas cinco griegos focios han sido presos y transportados á Andrinópolis para ser juzgados.

«Las Misiones armenias y búlgaras católicas son igualmente blanco de toda suerte de vejaciones. Mientras que el gran visir manifiesta el deseo de ver extenderse el movimiento católico, no cesan muchos funcionarios inferiores de obrar en sentido contrario. En Telkif, pueblo importantísimo cerca de Mossul, la autoridad local sostiene los caldeos recalcitrantes contra la jurisdiccion de su patriarca legítimo, reconocido oficialmente por el Sultan. Las tres iglesias continúan todavía en manos de ese grupo de rebeldes que se dicen protegidos por la Gran Bretaña.

«En efecto, la embajada inglesa, que trata de propagar su influencia en la Mesopotamia, protege naturalmente á esos disidentes con la esperanza de atraerlos al protestantismo. Esta política no es un misterio, y á pesar de eso los empleados otomanos han creído dar muestras de habilidad sosteniendo á un puñado de caldeos, y alentando á ciertos monjes en su rebeldía contra el Ilmo. Elías, y dejando sin contestacion las peticiones legítimas de este Prelado. Es de esperar, no obstante, que el gran visir y Ethem-bajá, ministro del Interior, informados de este estado de cosas, tomarán las medidas necesarias para no entorpecer el movimiento católico.»

**Armenia.**—El P. Gras, misionero de la Compañía de Jesús, escribe desde Sivas el 6 de abril de 1883:

«Tenemos aquí amigos y enemigos. Los amigos son primero algunas familias católicas y su digno Cura armenio, que nos ha sostenido con todas sus fuerzas, y ha hecho todas las diligencias necesarias en nuestro favor cerca de las Autoridades. Ha venido á predicar cuatro ó cinco veces en nuestra capilla; pero por desgracia su obispo le llama.

«Tenemos amigos entre los cismáticos armenios y griegos, puesto que nos envían sus hijos y nos permiten instruirlos bajo el punto de vista religioso, absolutamente como si fuesen católicos. También contamos amigos entre los turcos. El antiguo comandante militar de la provincia nos recibió con cordialidad: su hijo, joven de veinte años, viene á estudiar el francés con nosotros. Ambos se presentan gustosos como nuestros defensorés. El sobrino del valí actual viene también en compañía del hijo del caimacan, á recibir lecciones: habiendo solicitado una visita de nuestra parte, el Padre Vernier, su profesor, ha ido á verle hoy. El joven ha presentado el Padre á su tío, que ha quedado complacido. Habiéndose introducido un turco durante la visita, el valí le ha dicho:

«—¿Cómo? ¿no enviáis vuestro hijo á aprender con los Padres? mi sobrino frecuenta sus clases.

«El turco se ha excusado lo mejor que ha podido.

«Tenemos también enemigos: lo son primero los viejos turcos fanáticos, que no han podido ver sin espanto que venian infieles á arruinar el islamismo: sin embargo, no hemos experimentado contrariedad alguna por esta parte. Nuestros enemigos son sobre todo los protestantes y armenios cismáticos. Los primeros tienen escuelas bastante numerosas de niños y niñas. Nos pintaron como mónstruos y malhechores, y sus discípulos nos insultaban por las calles. Hemos reclamado la intervencion de las Autoridades turcas, y no se nos ha rehusado. También son enemigos nuestros los armenios heréticos. Han comprendido que veníamos á convertirles, y nos han insultado por las calles, y aún han intrigado secretamente cerca de las Autoridades: nada han olvidado. Recientemente tratámos con el reverendo Cura nuestro proyecto de fundar una escuela de niñas; y nos ha dicho:

«—Hay marejada contra nosotros: armenios, turcos y griegos hacen peticiones: dejad calmar la tempestad.

«Poco despues llega Jorge, joven negociante de nuestros mejores amigos: estaba consternado, y venia á informarnos de parte del Cura, que habia llegado una orden de Constantinopla para cerrar nuestra escuela. Volámos inmediatamente á casa del Cura, quien nos confirma la noticia; nos dice la sabe por conducto mismo del mufti, y añade que está dispuesto á sostenernos enérgicamente. Tomámos más informes, y resultó que todo no era más que un rumor inventado por el odio impotente...»

**Patna (Indostan).**—El Ilmo. Francisco Pesci, capuchino, vicario apostólico de Patna, nos escribe desde esta ciudad el 25 de mayo de 1883:

«Bettiah, la principal estacion indígena de mi vicariato, es al mismo tiempo el nombre de un pequeño reino antiguo y de capital, ahora sometido al Gobierno inglés. El Rajah no viene á ser más que un pensionista de S. M. Británica; pero lo para nosotros verdaderamente importante es que en la ciudad de Bettiah tenemos una floreciente cristiandad de 1,466 católicos, as-



cendiendo los varones á 676. Esta antigua parroquia se distingue por su regularidad y su fervor. Los fieles están casi todos reunidos en un mismo barrio de la ciudad, y se sostienen mutuamente y se alientan á la práctica de sus deberes. En una palabra, bajo el respecto religioso, Bettiah pudiera servir de modelo á muchas parroquias de Europa. Así el misionero encargado de la administracion es como un padre en medio de su familia. Su palabra es respetuosamente escuchada, no sólo en la iglesia cuando predica, sino aún en la casa rectoral cuando compone amigablemente las pequeñas diferencias de sus hijos espirituales.

«Por su buena conducta y por sus virtudes, los cristianos de Bettiah se han atraído la consideracion de los musulmanes y de los hindos, sus vecinos. El Rajah, cuyo palacio está en el centro de la poblacion cristiana, los aprecia igualmente, pero no puede ayudarles, á causa de su posicion subordinada y dependiente. No es sin embargo la riqueza de este mundo lo que ha valido á nuestros cristianos de Bettiah la consideracion de que gozan, pues casi todos son obreros y ganan penosamente el pan con el sudor de su frente, teniendo la Mision que dar socorros á 160 próximamente, lo mismo que á muchas viudas y huérfanas.

«Esta cristiandad ha aumentado constantemente, y hoy tenemos en la escuela del catecumenado diez y seis adultos.

«No siendo suficiente el terreno de la Mision para colocar á los neófitos, este año me he visto obligado á comprar 400 acres á 24 millas de Bettiah para formar allí una nueva colonia de cristianos, cuya influencia se hará sentir en las cercanías y promoverá nuevas conversiones. Este territorio ha costado á la Mision 32,500 pesetas, carga pesadísima atendida nuestra penuria; para formar el nuevo pueblo cristiano, habrá que hacer aún otros muchos gastos. Además del huerfanato con 64 niños infieles, todos bautizados al presente, Bettiah posee aún su escuela comunal para los hijos de los cristianos.

«Recientemente he encargado á uno de mis misioneros, el P. José de Grenoble, que abriesen una Mision entre los Santals, tribu más ó menos salvaje, pero en la que tenemos grandes esperanzas de convertir á muchas almas, á causa de su natural sencillez. Os advertiré más tarde de los felices resultados, si Dios se digna bendecir nuestros esfuerzos.

«Como veis, en este vicariato de Patna, de extension considerable, no nos ocupamos exclusivamente de los europeos. Mis misioneros y yo hacemos todo lo que podemos para multiplicar las cristiandades indígenas. Hemos conseguido ya formar centros de accion, y para desarrollarlos sólo se necesita, despues de la gracia de Dios, el generoso socorro de la *Obra* tan eminentemente católica de la *propagacion de la fe*. Me atrevo á esperar que ésta le continuará su proteccion para que pueda sostener y desarrollar las obras comenzadas. Sin este auxilio, me veria obligado ¡ay! á dejar perecer la cosecha casi ya en sazón!...»

**Maduré (Indostan).**—El P. Saint-Cyr, de la Compañía de Jesús, nos escribe desde Kadekanel, Nuestra Señora de la Saleta de las Indias, el 6 de julio de 1883.

«No es únicamente en Europa donde se han levantado iglesias y capillas bajo la invocacion de Nuestra Señora de la Saleta.

«Aquí, en esta Mision del Maduré, en este vasto país de las Indias inglesas, he podido construir en uno de los picos más eminentes de la elevada cordillera de los Gathas, á una altura de 2,200 metros, una hermosa iglesia bajo la advocacion de Nuestra Señora de la Saleta de las Indias, que se ha convertido en centro de una nueva cristiandad que va desarrollándose bajo la égida de María, y en lugar célebre de peregrinacion frecuentado hasta por los paganos. Especialmente en la época de la fiesta principal, que se solemniza el último domingo de mayo, gran número de peregrinos sobrellevan valientemente las fatigas de muchos dias de camino, una ascension penosa de más de 12 millas á través de las montañas y el frío asaz penetrante de estas elevadas regiones. La gratitud por los favores obtenidos y el deseo de nuevas gracias les atraen poderosamente.

«Cuando construimos este santuario le dimos proporciones que se juzgaron suficientes. No sospechábamos entonces el desarrollo que tomaria la cristiandad y la celebridad que adquiriria la peregrinacion; y ahora nos vemos en la feliz necesidad de ensanchar la iglesia y de añadir á ella un modesto campanario. Pero, en nuestra pobreza, para hacer frente á los gastos únicamente contamos con María y la caridad de las personas que le son devotas. Cada día se celebra la santa Misa en este santuario privilegiado, orándose en ella por la Iglesia, por la India y por todos nuestros bienhechores.»

**China.**—Nos escriben de Han-ken, el 20 de mayo último:

«Acabamos de librarnos de un gravísimo peligro. Poco ha faltado para que las tres ciudades de Han-ken, de U-sian y de Caian fuesen reducidas á cenizas. Dos mil bandidos habian formado el proyecto de incendiar las tres ciudades el día de la Ascension, 3 de mayo, á las diez de la noche. Una multitud de descontentos habia de prestarles ayuda y compartir con ellos el botín robado en medio del estupor general. Felizmente para nosotros, estaba iniciado en el secreto un ex-mandarín, encargado de procurar á los incendiarios suficiente cantidad de pólvora. A última hora este elevado personaje tuvo escrúpulos y franqueóse con el virey, quien hizo guardar las puertas de Han-ken por soldados. Los conjurados fueron muertos á medida que se presentaron, y gracias á la energía de la Autoridad toda la poblacion salvóse de una muerte horrible.

«A nuestras inquietudes se mezclaba la afliccion de ver á nuestro excelente obispo el Ilmo. Zanolí gravemente enfermo. Ya sabéis que Dios nos lo quitó el 17 de este mes. Vivió como un santo, y ha muerto como tal, despues de recibidos los últimos sacramentos. Bendijonos á todos antes de dormirse en el Señor. Sus funerales solemnes tuvieron lugar el 19; fué un verdadero triunfo para nuestra santa Religion. Gran número de mandarines tomaron parte en ellos: unos hicieron venir literas para los misioneros; otros enviaron tropas para mantener el orden y dar mayor pompa á las ceremonias, y otros, en fin, quisieron proporcionar los morteretes que se dispararon por el camino del cementerio. Cuando el cuerpo del Obispo hubo descendido á su última morada, empezó á caer una abundante lluvia que puso algún tanto en desorden á la multitud de cristianos asistentes á la ceremonia. En su precipitacion muchos para salir de Han-ken se presentaron en partes diferentes de aquellas por donde habia entrado y dejado



sus nombres; pero á causa de los rebeldes, la consigna era severísima y la guardia les negó el paso, de lo que se siguió cierto tumulto: felizmente la benevolencia de los mandarines allanó todos los obstáculos. Las Autoridades han venido á vernos, y se han mostrado muy satisfechas de su visita á la residencia, al hospital y al seminario. Estamos en excelentes relaciones con el virey y todos los mandarines, y esto redundará en provecho de la Religión.

«Continúan en la China las persecuciones populares en que tienen no poca parte ciertos mandarines del Celeste Imperio, burlando los tratados vigentes con las naciones de Europa. Estos días hemos recibido noticia de un triste episodio de dichas persecuciones. El Provicario apostólico de Chan-tum que es un alumno del colegio holandés de Steil, fué cogido y maltratado cruelmente por el pueblo hasta dejarlo casi exánime en el pueblo idólatra de Chan-tum. Por fortuna pudo salvarse refugiándose en Shang-hai.

«La Mision de Chan-tum es de creacion reciente y era objeto de grandes esperanzas por los abundantes frutos que producía para el Evangelio de Jesucristo. Y es de creer que estos mismos progresos rápidos son la causa de la envidia y de la malquerencia de los bonzos y de los mandarines que se vengan por medio de la persecucion.»

**Tong-king.**—El seminario menor de Hoang-Nguyen fué derribado los años precedentes por un espantoso tifon que devastó todo el Tong-king, pero gracias á los auxilios de los bienhechores de la *Propagacion de la fe*, los misioneros pudieron hacerle surgir de sus ruinas. Allí, á costa de sacrificios que sólo Dios conoce, se forma poco á poco el clero indígena. Estudios, método, direccion espiritual, todo se acerca en cuanto es posible á los establecimientos de igual clase en Europa; únicamente los jóvenes alumnos están del todo á cargo de la Mision, y su género de vida les asimila bastante á los escolásticos de las Órdenes religiosas.

«Por desgracia, dice el superior, Rdo. Cousserat, nuestros discípulos tan fáciles de dirigir y tan dóciles en el seminario, son débiles é inconstantes así que salen y que encuentran graves dificultades. Muchos no dan lo que parecen prometer.

«Otra causa de poco éxito de nuestros trabajos procede del pésimo estado de salud de nuestros indígenas. Su país es cálido, muy húmedo y por lo mismo insalubre; su régimen alimenticio es pobre, y así todos mis alumnos son de constitucion debilísima... En los últimos meses del año escolar falta una quinta y aún cuarta parte.

«A esto se debe que nuestros colegios parezcan hospitales. Muchos ingresan en aquellos; pero pocos pueden seguir hasta el fin del curso de los estudios. No empiezan la teología hasta despues de haber ejercido seis ó siete años las funciones de catequistas, y en este tiempo quedan ya diezmos. De los 90 sacerdotes indígenas que tenemos, mueren por término medio cinco al año. Hace ya diez que estoy en el seminario: á mi entrada en él había 100 discípulos, número que se ha aumentado progresivamente hasta el punto de alcanzar hoy la cifra de 170. Pues bien, más de 40 han fallecido ya. Los últimos recibidos tardarán quince años antes de ser admitidos á recibir las Ordenes, y en este tiempo ¡cuántos serán arrebatados por la muerte!

«Si esta Mision del Tong-king occidental es famosa por sus legiones de mártires y la abundante cosecha que ha producido, regada con sangre cristiana, es asimismo célebre por otro título; el de ser una sima que engulle y devora de una manera formidable hombres y dinero.

«Es inaudito, continúa el Rdo. Cousserat, cómo se ensaña la muerte en la parte montañosa, esto es, entre los salvajes y en el Laos. He visto partir catorce misioneros para la montaña, y ocho han muerto ya: el que más vivió cinco años; dos algo más de uno, y cinco sucumbieron en menos de seis meses. De los seis que restan, tres cuentan más de dos años de permanencia, y los otros tres alcanzan el sexto mes.»

La cuestion militar está muy embrollada, y el desenlace se presenta oscuro. El Rdo. Cousserat se atreve á esperar que los cristianos no tendrán que padecer y que no serán inquietados; pero los acontecimientos sobrevinidos despues y sobre todo el martirio del Rdo. Bechet y siete cristianos, del Rdo. Terrasse y multitud de neófitos de Yun-nan, hacen temer una persecucion violenta.

—Malas nuevas tenemos sobre la Mision del Tong-king, donde todos los misioneros franceses ó tenidos por tales han sido expulsados en represalias contra Francia, por las autoridades de Anam. Ahora se teme que quepa igual suerte á los misioneros españoles del Tong-king que tienen allí dos vicariatos apostólicos con una numerosa y floreciente cristiandad. El Gobierno de España debería ocuparse en proteger por via diplomática estos súbditos suyos habitantes del Tong-king.

**Madagascar.**—El P. de la Vaissière, de la Compañía de Jesús, nos escribe con fecha 9 de agosto de 1883:

«Desde el lazareto de Marsella en que estoy detenido durante siete días con todos los pasajeros del *Natal*, me apresuro á comunicaros algunos detalles acerca la expulsion de los misioneros de Madagascar.

«Los temores que se concibieron acerca su suerte al recibo del último correo, felizmente no se han realizado. Toda la Mision de Tananarive, Padres, Hermanos de las escuelas cristianas, Religiosas de san José de Cluny, y el personal de Fianarantsoa, se han librado, despues de muchas fatigas y de un penosísimo viaje, de la terrible suerte que se temía, y pudieron llegar por fin á Tamatava.

«No puedo decir lo mismo de la Mision de Ambositra, de la que no hemos recibido ninguna noticia positiva. Los Padres de Fianarantsoa sólo han podido saber por el camino que despues de haber hecho partir á los misioneros de su puesto, se les volvió á llamar so pretexto de que la orden oficial de destierro no había llegado aún á Ambositra: dicese que el P. Morisson se hallaba gravemente enfermo, y puede que los hovas hayan vacilado en despedir á los Padres de Ambositra en tales circunstancias, temerosos de las complicaciones que pudieran surgir. Por otra parte sabemos que este puesto, distante cinco jornadas de Tananarive y dos de Fianarantsoa, tenía como representante de la religion de Estado fundada por los misioneros independientes de la Sociedad de Londres, á uno de los más feroces perseguidores de la Mision católica. Ese implacable y fanático Rarivo (tal es el nombre del funcionario hova de quien hablamos) ¿no se habrá complacido en guardar junto á sí las víctimas para hacerles morir de hambre y de miseria, como en otro tiempo al Rdo. Solages



en Andevoranto? Mucho lo tememos, y pedimos al cielo se digne librar de tal desdicha á la reducida Mision de Ambositra. Por el momento, toda la cristiandad de Madagascar pasa por la más terrible crisis. Los fieles del interior están sin sacerdotes. Nos es imposible esconderlos en país hova y burlar la vigilancia del Gobierno para ejercer un ministerio cualquiera, pues los misioneros protestantes nos persiguen con encarnizamiento. Nuestros cristianos no se atreverían, y por otra parte tampoco podrían acercarse mucho tiempo, aunque lo quisiesen, al sacerdote proscrito por la reina Ravalomanjaka. La resistencia sería considerada por todos como una terquedad digna de censura. Que el Señor y la Virgen Inmaculada guarden, pues, por sí mismos las almas que nos habían confiado, y que sé nos ha obligado á dejar, aunque esperamos que sólo por breves días.»

**Africa central.**--Sobre nuestras Misiones en esta parte del Africa tenemos satisfactorias noticias en cuanto es posible esperarlas del Cordofan, siempre en poder del Mahdí. El Ilmo. Sogaro ha recibido en Kartum un telegrama del general inglés Hicks, en que se anuncia estar vivos todos los misioneros y los demás cristianos prisioneros en El-Obeid, sin que uno de ellos haya abandonado su fe. Pero hasta ahora no ha sido posible librar á ninguno de estos pobres prisioneros cuyas penalidades son bien conocidas.

**Dos-Guineas.**--El ilustrísimo Le Barre, vicario apostólico, que reside en Santa María de Gabon, escribe con fecha del 6 de julio próximo pasado que en 9 de junio llegó á aquel punto la expedición francesa capitaneada por el italiano conde Savorgnan de Brazza á bordo del vapor *Sagittaire*, desembarcando sus hombres y el numeroso material que fué depositado en parte en una capilla de madera, poco tiempo há concluida, pero que no está aún bendecida ni arreglada para el culto. Desde Gabon salió Mr. Brazza en otro vapor francés *Le Basilic*, para remontar la corriente del río Ogowé. En el islote de aquel río denominado *La Cumbere*, donde existe otra estación de misioneros católicos, se reunieron á la expedición de Brazza 800 negros con 56 piraguas venidas del alto Ogowé para el servicio del esforzado viajero, quien ha sido recibido con grandes manifestaciones de júbilo por los negros que le llevaban en triunfo.

Saliendo la expedición con este refuerzo indígena hacia el alto Ogowé, aprovechó el Ilmo. Le Barre la ocasión para unir á ella dos sacerdotes misioneros, á los

cuales el Sr. de Brazza ofreció proteger, poniendo inmediatamente á su disposición una piragua montada por 12 robustos negros.

**Brasil.**--El obispo de Pará, Brasil, tiene un proyecto que considera eficaz para esparcir la semilla de la fe católica entre los indios de las orillas del río Amazonas. Consiste el proyecto en la construcción de una barca de grandes dimensiones y poco calado, cuyo interior servirá de templo del Señor, con su correspondiente altar, púlpito, confesonario, órgano, pila bautismal, etc. Con un costo relativamente corto podrá este templo flotante estar revestido de maderas preciosas de las que tanto abundan en aquellas regiones, constituyendo un objeto de justo orgullo y gloria para la región del Amazonas y de edificación para los católicos. Movida por vapor recorrerá esta magnífica iglesia con sus ministros y misioneros la dilatada extensión del gran río derramando en sus confines la luz de la verdadera religión.



ALBUM MALGACHE.—Mujer de riguroso luto.

#### ALBUM MALGACHE.

##### XIV.

LUTO RIGUROSO Y LUTO DE ALIVIO.

**L**os cabellos en desorden y el descuido en los vestidos constituye para los malgaches el riguroso luto.

Cuando la muerte llama á la puerta de una familia noble, en seguida parientes y esclavas desatan las trenzas de su enorme cabellera. Es un espectáculo que impone ver un centenar de personas con los cabellos destrenzados y agazapados en la casa ó en el patio del difunto.

Antes ó después del entierro visitan á la familia todos los parientes y amigos. Los visitantes ofrecen un pedazo de plata, que es lo que se llama *fao-dra-nomaso* (enjugalágrimas).

La duración del luto riguroso varía según el grado de parentesco y el afecto de los supervivientes. Un mes de profunda tristeza parece suficiente para llorar á un padre, una madre, una esposa ó un hijo; empero los hay que prolongan más allá de este término las demostraciones de dolor. No hay color particular para el vestido de luto.

Cuando toca á su fin la época del luto riguroso, se reúnen los cabellos en un haz que baja hasta la mitad de los hombros. Este es el luto de alivio. En tal estado, puede uno presentarse en todas partes; mientras que una persona de riguroso luto no se atrevería á salir de casa, ni siquiera para ir á la iglesia el domingo. Ocioso



es decir que exhortamos á los cristianos á que se contenten con el luto de alivio por la mañana, á fin de poder asistir á la misa; y tenemos el consuelo de ver que, por lo menos en Tananarive, siguen nuestro consejo.

En ausencia de la reina se prohíben los entierros solemnes y el luto riguroso. Su Majestad puede intimar la misma prohibición por causas que le son conocidas; siéndole suficiente motivo, por ejemplo, la construcción del palacio.

## XV.

### NOSSI-BE (1).

Nossi-be es una islita situada al Noroeste de la Tierra Grande de Madagascar, cedida á los franceses en 1840 por Omeko, reina de los sakalavos. El punto principal

es Hell-ville, vulgarmente llamada la Punta, á causa de su conformación topográfica.

La vista que publicamos en esta página representa la parte Sudeste de Hell-ville, tomada del Oeste, por la parte del mar. En medio del panorama se ve un edificio que domina todos los demás. Es la iglesia parroquial, construida de piedra y cubierta de madera. Comenzada en 1860, fué felizmente terminada en 1869. Compónese de una nave mayor y dos menores sostenidas con columnas, y en ella se celebran las ceremonias religiosas con toda la posible pompa. Cantos, música vocal é instrumental, graciosos adornos, nada le falta. Los viajeros de paso en Hell-ville asómbranse al encontrar en este país, todavía mitad salvaje, las conmovedoras bellezas del culto católico.



ALBUM MALGACHE.—Vista de Nossi-be.

Frente de la iglesia y algo al Sudeste se levantan la casa de las Hermanas de san José y el hospital militar, teniendo contigua la escuela para las niñas, que ascienden por lo común á 100 ó 120. Las cabañas blancas al Sudeste forman el campamento de los indígenas ó soldados del país. Al Noroeste se dibuja la gran casa donde hay los talleres de los ingenieros. Finalmente, las numerosas cabañas que se ven al Oeste componen el campo cristiano. Allí, en efecto, no hay más que cristianos, que forman una especie de reducción bajo la vigilancia de los Padres. Hase construido ya en ella una capilla donde se celebra la Misa una ó dos veces la semana, reúnen las Congregaciones y acuden los cristianos para la oración de la tarde.

(1) Este artículo es del P. Barbe, de la Compañía de Jesús, antiguo misionero de Nossi-be.

Al Sudeste de la iglesia hay algunas cabañas en un terreno bastante vasto perteneciente á la Misión, y es residencia de los obreros malgaches empleados por los Padres. Allí se reúnen los catecúmenos á fin de prepararse para el bautismo.

Al Nordeste del gran cocotero se levanta la casa de los misioneros con dependencias: escuela, dormitorio, talleres, capilla doméstica, etc. Los Padres, comprendido el prefecto apostólico, son en número de cuatro. Además de la iglesia y de la capilla del campamento cristiano, sirven cuatro puestos, situados á alguna distancia de Hell-ville. Cada día visitan el hospital, y de vez en cuando también la cárcel.

Entre las obras principales hay que contar las escuelas de niños, compuestas de 120 á 130 alumnos, estando encargados de la educación y de la vigilancia dos Her-



manos coadjutores y dos submaestros malgaches. Sin los niños de la escuela, ¿qué sería la Mision? Los blancos, salvo honrosas excepciones, en todo piensan menos en su salvación eterna. Los malgaches propiamente dichos no piden sino comer arroz y beber ron. Entre los árabes, cuyo número es considerable, toda evangelización es punto menos que imposible. Los negros de Mozambique, empleados en la fabricación del azúcar, están en una posición que es muy difícil acercarse á ellos. A pesar de todos los obstáculos Dios hace su obra. El número de cristianos aumenta constantemente, y en su mayor parte esos fieles indemnizan al misionero todos sus trabajos y fatigas.

A la cabaña de los Padres sigue el almacén general del Gobierno, y luego viene la residencia del comandante particular de la isla, espléndida si se la compara con las restantes habitaciones. Situada á orillas del mar, está rodeada de bosquecillos, jardines, huertos, etc. El otro edificio al Este, sobrepujado por un *manguier*, es el tribunal civil. En él se juzgan las causas una vez á la semana por el juez del distrito, bajo la presidencia del comandante. Terminan el panorama otra casa y un cobertizo-depósito de carbon para los buques del Estado.

El puerto de Hell-ville es uno de los más hermosos del mundo. Situado en una bahía inmensa y perfectamente tranquila, puede contener considerable número de buques. El comercio, no obstante, es en él poco activo, á causa de la exigüidad del país y del corto número de sus habitantes. Ocho ó diez buques procedentes de Francia, un número poco más ó menos igual enviado por la isla Reunion y Mauricio, y un centenar de barcos menores árabes, anclan todos los años en aquel magnífico puerto. Surcan continuamente la bahía multitud de piraguas que van ó vuelven de la Tierra Grande. Ofrece magnífico golpe de vista.

Nossi-be, considerada en su conjunto, presenta un aspecto bastante triste. Excepto las orillas del mar, plantadas de árboles, con habitaciones y refinerías de azúcar, con cañas dulces de vegetación exuberante y algunos cafetales, el resto de la isla semeja un desierto, donde crecen algunas altas hierbas conocidas con el nombre de *manevika*.

## XVI.

### EL MERCADO DE TAMATAVA (1).

Este extraño bazar presenta más de una curiosidad á los ojos del europeo que lo recorre por primera vez.

No se reúnen allí tan sólo todos los productos del país, arroz, yuca, patatas, higos, bananas, cera, miel, concha, sándalo, pescado de mar y de agua dulce, etc., sino que además ofrece una confusión de las especialidades del comercio y de la industria de todos los países, expuestas al sol, que hacen de este mercado una especie de espectáculo cómico.

Así al lado del almacén donde un rico indio ofrece á los aficionados séricos tejidos y soberbias cachemiras, se ve á una malgache vendiendo juguetes, chucherías y trajes de todo género. Allí ciertos *grandes honores* del país van á comprar para los días de parada un vestido de pertiguero de catedral, un sombrero de militar y desechos de teatro.

Al lado del mercader al por mayor ó menor se ve in-

(1) Este artículo es del P. Limosin, de la Compañía de Jesús, misionero de Tamatava.

variabilmente la indispensable balanza que sirve para pesar la plata, cortada en fracciones sumamente mínimas.

A pocos pasos hay el mercado de gatos y perros de toda raza, al que acuden las gentes del interior para proveerse de animales tan codiciados.

Mas ¡ay! ¡qué triste sorpresa! ¡en breve os hallais ante un mercado de carne humana! ¡Esclavos infelices robados por los sakalavos, niños vendidos por padres agobiados de deudas á desapiadados acreedores, y á veces la mujer de un católico á quien el amo habrá separado de su marido para satisfacer al usurero hova, cuando éste rehusa prestar á menos de ciento por ciento! Pasad por aquí á toda prisa, pidiendo al Señor que se digne poner remedio á tantos males.

Sí, pasad á prisa, sobre todo al atravesar el sitio donde enormes bueyes degollados cubren el ensangrentado suelo. Al lado de estos grandes trozos de carne, los *potipotsekene*, esto es, los más pequeños de la especie, yacen en la balsa de sangre y arena, y os obligan á taparos las narices. ¡Guárdeose el curioso de aventurarse en esos barrios durante los tres días de ayuno que preceden á la fiesta del baño de la reina ó el primer día del año malgache, épocas en que les está prohibido á los carniceros matar las reses! Sin hablar de los diversos matices del rojo violeta al azul verdoso en que hormiguean los gusanos, ¡qué hedor! Pero los malgaches no se apuran por tan poco, y compran esta carne expuesta al sol durante algunos días, y se regalan con ella como de una golosina.

En suma, el mercado de Tamatava sólo es para ver una vez, como la exhibición solemne de los oficiales y damas hovas que á él acuden. Añadamos que en un país donde todo se roba, aún la llave si la olvidais en la puerta, podeis estar casi seguro de hallarlo todo en el bazar y con poco gasto.

## GRAN TERREMOTO EN KRAKATOA.

Toda la prensa viene publicando las más desconsoladoras noticias sobre un horroroso hundimiento ocurrido en varias islas del Asia. La catástrofe de Ischia, que tantas víctimas causó, es insignificante comparada con este fenómeno volcánico que ha permitido á las olas sepultar todo un país poblado por más de *cientos mil* habitantes.

Las convulsiones principiaron en la isla de Krakatoa, el sábado 25 de agosto, con profundos rumores que se oían hasta en Suraperta y Batavia. Poco despues empezó el volcán á vomitar piedras y cenizas incandescentes á gran altura y en cantidad enorme. Las convulsiones se extendían al mar, que hervía violentamente y arrojaba tremendas oleadas contra la costa; la temperatura del agua se elevó á 20 grados. Por la mañana, el mar se había precipitado tumultuoso y terrible tierra adentro, en una extensión de más de 500 millas. Al medio día, el Maha-Meru, que es el mayor volcán de aquellas regiones, empezó á llamear, y rápidamente se comunicó la erupción á más de la tercera parte de los cuarenta y cinco volcanes que hay en Java. Al anoecer, el Gunug Guntur, coronado por inmensa nube de fuego, vomitaba en todas direcciones espesísimas columnas de lava y barro sulfuroso encendido, cortadas por rápidas y tremendas explosiones que expelían á gran distancia rocas



enteras que sembraban la desolacion y la muerte por la isla.

El mar respondia á estas convulsiones. El cielo estaba negro y la atmósfera tan cargada de electricidad, que se oia un trueno casi continuo, y á un mismo tiempo se formaron quince trombas de inmensa violencia. La tierra se agitaba en violentas sacudidas. Hombres, mujeres y niños se precipitaban aterrados fuera de sus viviendas llenando el espacio con sus gritos de horror. Centenares de infelices no pudieron salir antes del hundimiento de sus casas, y perecieron entre sus ruinas. Otros quedaron sepultados entre los trozos de roca y las masas de lava y cieno que vomitaba el volcan.

En la noche del domingo las sacudidas y las erupciones aumentaron todavía más su violencia. El mar avanzaba tanto, que parecia que la isla iba á sumergirse. Al mismo tiempo se abrian en el interior tremendos abismos que se cerraban luego, arrastrando en su fondo personas y edificios.

A media noche la escena creció en horror. El cielo apareció de vivísimo fuego en toda la region Sudeste de la isla, donde domina la cordillera del Kandang, y de las cúspides de las montañas se precipitaron sobre los valles torrentes de lava que todo lo arrollaban y consumian en su rápida carrera. A las dos la nube de fuego que cubria el cielo se dividió en una porcion de partes y acabó por desaparecer. Por la mañana se vió que toda la region comprendida entre la Punta Capucin y Negery Passoerang, más de 50 millas cuadradas, habia desaparecido. Allí habian estado el dia antes las poblaciones de Negery y Negery-Bahawang, y ni uno solo de sus 15,000 habitantes habia escapado á la muerte. Toda la cordillera del Kandang, que formaba alrededor de la costa un semicírculo de más de 65 millas de extension, habia desaparecido tambien y en su lugar agitábase un mar de turbulentas aguas.

En la mañana del lunes la erupcion del volcan de Papandayang adquirió una violencia tremenda. En Sumatra se vieron salir tres columnas distintas de fuego de una montaña, y despues de elevarse á grande altura, caer convertidas en rios de lava, sembrando la destruccion por todas partes. La lluvia de piedras, de rocas y de cieno era espesísima, y para mayor horror, la escena se desarrollaba en medio de las tinieblas más completas. Á la erupcion acompañó un vendaval que arrebató á su paso hombres, casas y árboles seculares.

De pronto la escena cambió. La montaña se dividió en siete partes, y donde un momento antes se levantaba el Papandayang alzábanse siete picachos distintos cuyas cúspides vomitaban fuego. Otro incidente parecido ocurrió el martes al medio dia en los Estrechos de la Sonda, donde de improviso aparecieron hasta 14 montañas volcánicas nuevas, formando una cordillera completa, casi en línea recta entre la Punta de San Nicolás, en la costa de Java, y la Punta Hoga, en las costas de Sumatra, próximamente en los parajes donde estaban las islas de Merak y del Centro, que el dia anterior habian desaparecido bajo el mar.

A la entrada de Batavia se extendia por la costa una barriada de chinos; esta parte de la ciudad ha quedado por completo destruida, y de sus 25,000 habitantes no se habrán salvado mas que 5,000. Cogidos los desdichados entre los torrentes de fuego y la invasion del mar, se metieron en sus casas y allí les sorprendió la gran oleada que todo lo destruía á su paso.

De los 3,500 europeos y americanos que habia en Batavia, 800 perecieron en Anger. El barrio europeo quedó cubierto de rocas, cieno y lava, y luego las olas llegaron á barrer las ruinas. El mar cubrió por completo á Batam, y sus 1,200 ó 1,500 habitantes perecieron ahogados. En la isla de Seoang, sumergida de improviso, no se salvó nadie. Cheribon, Birtinzong, Samarang, Jogjakerta, Surakerta y Surabaya, han sido casi totalmente destruidas por la lluvia de rocas y de lava.

Los mil templos de Brabaman están en ruinas. La magnífica cúpula del templo Borobodo fué hundida por los trozos de roca. La lava barrió á Tamerang y á casi toda su poblacion de 1,800 almas. En Spizroyk las rocas inflamadas incendiaron la ciudad. El rio Jacatana, sobre cuyas márgenes está construida Batavia, encontró tan obstruido su curso por las rocas y el *detritus* de todas clases que vomitaban los volcanes, que cambiando su rumbo atravesó la ciudad por otro lado. Por toda la costa se ven cadáveres en terrible cantidad; sólo en la playa de Talatoa han aparecido 300.

En los Estados-Unidos, en la India inglesa y en Holanda se han organizado expediciones de socorros que bien los necesitan los infelices sobrevivientes de esta horrible castástrofe.

## NECROLOGÍA.

**Fo-kien (China).**—Hace pocos meses pasó á mejor vida el Ilmo. Miguel Calderon, dominico, vicario apostólico de Fo-kien. El P. Víctor, de la Orden de Predicadores, ha escrito la siguiente breve noticia biográfica, que leerán con interés nuestros lectores:

El Ilmo. Calderon nació de padres cristianos el 4 de diciembre de 1803 en Oviedo, antigua ciudad de la Península ibérica, cuna de una nueva monarquía española cuando los visigodos batidos en Jerez de la Frontera en 712, tuvieron que buscar en los montes de Asturias un último baluarte contra la invasion de su patria por los árabes vencedores. La piedad del jóven Miguel y su aplicacion al estudio anunciaron en breve su prudencia y sus virtudes. Siguió con brillante éxito la carrera literaria, y apenas oyó como Samuel la voz del Señor, consagróse irrevocablemente á la edad de diez y seis años al servicio del Salvador crucificado, con los votos de Religion en el convento de Padres Predicadores de Salamanca.

Novicio ó estudiante, Fr. Miguel se distinguió constantemente por su amor á la observancia regular y por su celo para adquirir las ciencias sagradas. Entre los ejercicios predilectos del jóven novicio señalaremos especialmente el canto de los divinos oficios, esa parte de la sagrada liturgia tan propia para elevar el alma. Hasta su última hora el Ilmo. Calderon complacióse repitiendo en el fondo de la China, solo ó en compañía de sus hermanos, esas melodías tan sencillas y suaves de nuestros himnos y antífonas.

Fr. Miguel terminaba su curso de teología en la universidad de Salamanca, cuando oyó en el fondo de su corazon la voz del divino Maestro invitándole á consagrarse á las Misiones en los países de Ultramar. Dócil á los movimientos de la gracia, embarcóse para las islas Filipinas en 1824, con otros doce religiosos, en la fragata *Sabina*.

Manila, capital de la isla de Luzon y metrópoli de todas las posesiones españolas en el archipiélago filipi-



no, fué durante muchos años residencia del P. Calderon. Por obediencia continuó sus estudios en la Universidad de esta ciudad, y habiendo ganado los grados enseñó á su vez con brillantez de doctrina gloriosísima para la Orden de santo Domingo.

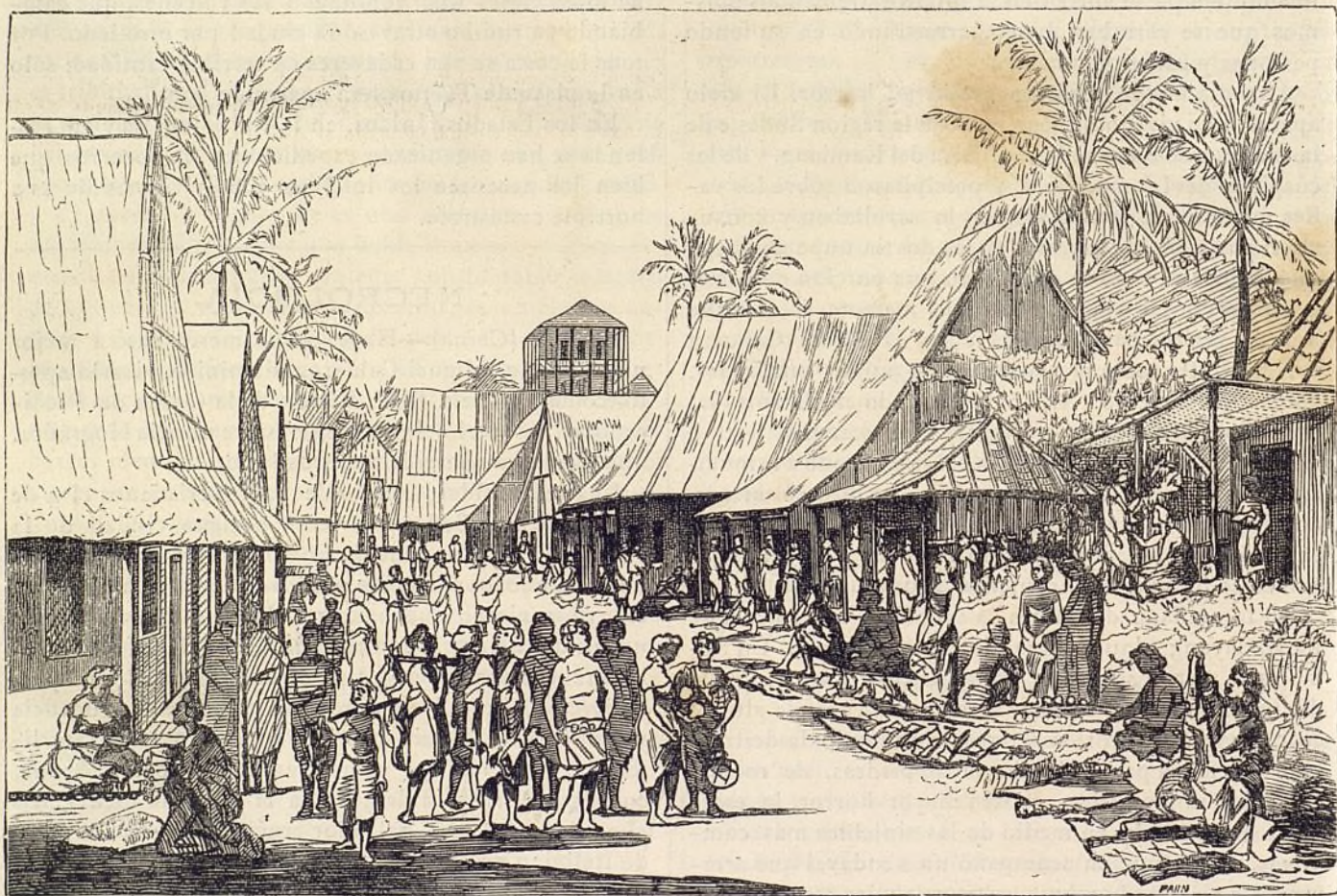
Profesor eminente, no dejó que se extinguiese su grande atractivo por la predicacion, y así fué que sus triunfos en el púlpito igualaron su éxito en la enseñanza.

Hacia unos diez años que el P. Calderon se distinguía en Manila, cuando vió á esa tierra ingrata de la China, por la que suspiraba hacia mucho tiempo, abrirle por fin sus puertas. Trabajar en la conversion de los infieles y consagrarse por completo á la salvacion de un pueblo al que sus hermanos de religion acordaban sin

tasa sudores y fatigas, tal era toda su ambicion: así fué vivísimo su gozo cuando supo que sus superiores iban á enviarle al Fo-kien. Mas luego disminuyó considerablemente su alegría, cuando su humildad supo con sensible pena á qué precio tendria que comprar su contento.

Un santo anciano, el Ilmo. Carpena, vicario apostólico del Fo-kien desde 1796, habia puesto los ojos en el P. Calderon para legarle su herencia. Comunicó su deseo á los superiores de los Dominicos de Manila, y poco tardó el celoso Padre en recibir el nuevo cargo por obediencia. A pesar de todas las repugnancias de su humildad, apresuróse á cumplir las órdenes de sus superiores.

A la paz que hacia algunos años gozaba la Iglesia de Fo-kien, sucedió desde aquella fecha una violenta per-



ALBUM MALGACHE.—Mercado de Tamaíava. (Pág. 338.)

secucion, como el mismo Padre escribió algo más tarde al Prior de Santo Domingo de Manila: «Desde entonces la viña del Señor fué asolada, no reconociéndose ya esta hermosa cristiandad: ya no se oyó el canto del santo Rosario, cesaron las solemnidades, nuestras iglesias quedaron en silencio, y esos edificios, que hasta entonces habia sido el gozo y consuelo de los cristianos, trocáronse en teatro de blasfemias y desórdenes.»

El Ilmo. Carpena, á pesar de sus setenta y seis años, vióse constreñido á pasar muchos meses en una caverna á la que no llegaba la luz del sol.

Cuando calmó un poco la persecucion, el Ilmo. Carpena consagró por fin á su coadjutor. La uncion episcopal pareció aumentar más y más en el alma del ilustrísimo Calderon tesoros de humildad y de celo. Constituido á su vez vicario apostólico en 1845, impúsose

como un deber marchar por la senda de su venerable predecesor y de consagrarse á su ejemplo al bien de sus fieles.

Así que se restableció la calma, el P. Calderon trató desde luego de multiplicar los operarios evangélicos. Comprendiendo la suma importancia de un clero indígena en cada país de Mision, no vaciló en formar una especie de seminario y en constituirse él mismo profesor de los jóvenes que parecían llamados por Dios.

Los desvelos que convenia consagrar á esos jóvenes clérigos nunca le impidieron administrar su vicariato con exquisita vigilancia, y de ser misionero de un distrito como el más humilde de sus hermanos. Su actividad, perfectamente tranquila y llena de suavidad, sabia perfectamente hacer frente á las funciones variadas de catequista, de predicador, de profesor y de Prelado.